

# su hermano y él

Argumento de  
EDUARDO  
MARQUINA

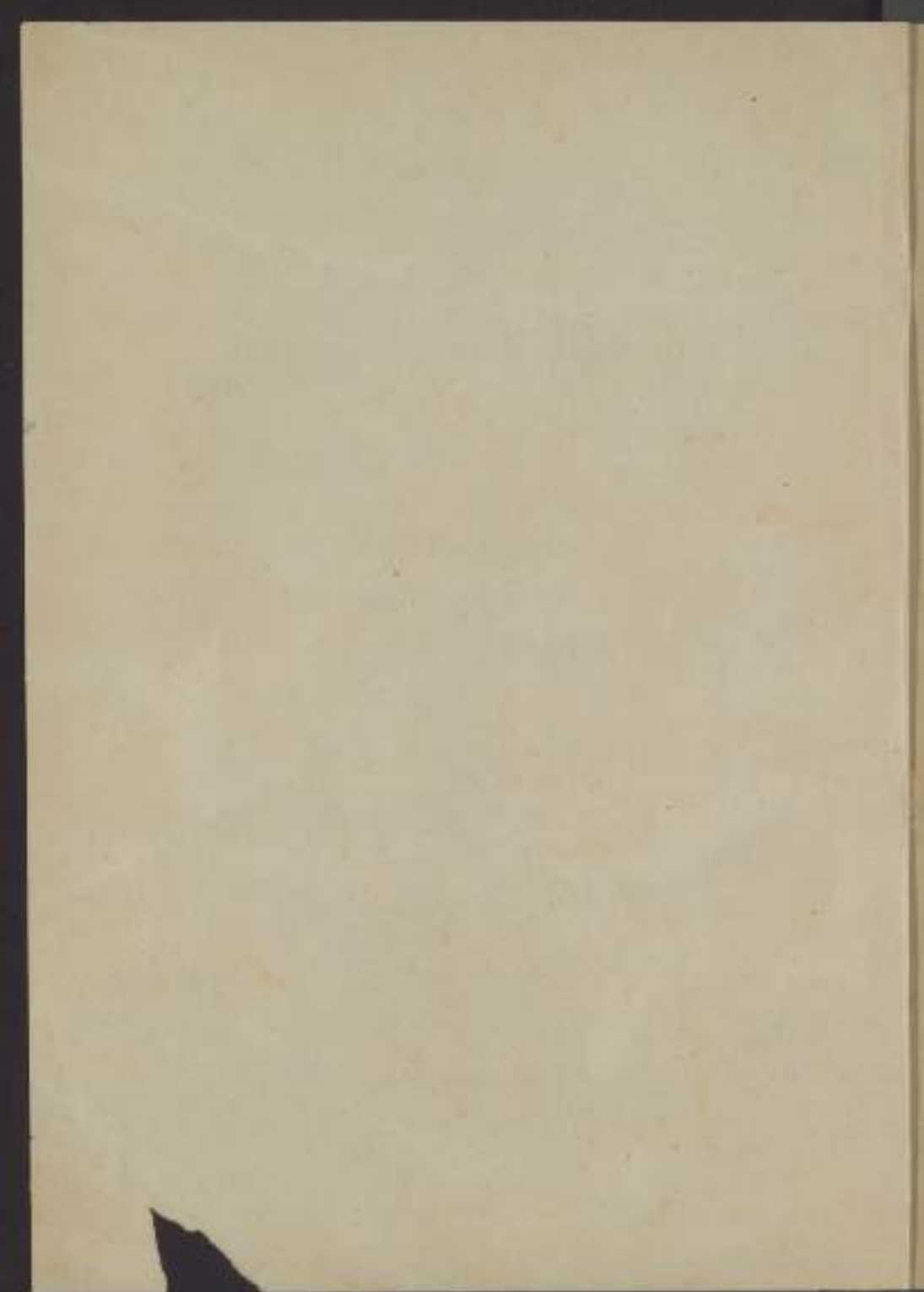
Blanca de  
Silos

Concha,  
Catalá

Enrique  
Guitart

Antonio  
Vico





SU HERMANO Y ÉL

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓ

# EDICIONES BISTAGNE

EDICIONES ESPECIALES  
CINEMATOGRAFICAS

SERIE PRODUCCIÓN ESPAÑOLA

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

PASAJE DE LA PAZ, 10 bis - Teléfono 18841 - BARCELONA

## Su hermano y él

Magnífico asunto. Humor, modernidad, elegancia

Argumento y diálogos de

EDUARDO MARQUINA

Guión técnico y dirección

LUIS MARQUINA

CIFESA-PRODUCCION

Distribución



Argumento narrado por Ediciones Bistagne

Operador: ISIDORO GOLDBERGER  
Jefe de producción: JOAQUIN CINQUERELLA  
Ayudante de dirección: CASTRO-BLANCO  
Decorador: GOSCH Y BRONCHALO  
Vestuario: ASUNCION BASTIDA  
Ingeniero de sonido: LA RIVA  
Sistema de sonido: RIVATON  
Montaje: MARGARITA DE OCHOA  
Maquillador: ARCADIO OCHOA  
Estudios: TRILLA-ORPHEA, de Barcelona

*PRINCIPALES INTERPRETES:*

ANTONIO VICO  
BLANCA DE SILOS  
MANUEL LUNA  
ENRIQUÉ GUITART  
CONCHA CATALÁ  
CARMEN CARBONELL  
MARIANA LARRABEITI  
PABLO HIDALGO

# Su hermano y él

---

## Argumento de la película

---

Hermética, severa, altiva, con aires de rancho abolengo y aristocrática prestancia, como una gran dama venida a menos que descubriera, bajo su apariencia ruinosa, su categoría señorial, la casa se alzaba en una de las más importantes vías madrileñas.

En las celosías, que cerraban las ventanas a piedra y lodo, el polvo de muchos años posado en ellas las hacía todavía más misteriosas, más impenetrables; todas aquellas grandes ventanas eran como pupilas vacías asomadas a la calle, como ojos ciegos que no quisieran ver la vida exterior y se empeñaran en guardar muy hondo el secreto del alma que no se podía asomar a ellos.

Tenía la casa elegancia de línea, una elegancia de otra época, que patinaba más y más el misterio que la envolvía, la impenetrable historia en que se había sumido, apartando con su gesto ce-

rrado la curiosidad de los que hubieran querido ahondar en su vida, en su pasado, en sus leyendas o en sus realidades.

Ella, indiferente al paso del tiempo, guardando bajo su decrepitud el abolengo de su historia, seguía impávida, hierática y firme, como un alma fuerte a la que el dolor hubiera hecho reconcentrarse en sí misma y vivir una vida aparte, una vida espiritual, alejada de todas las tentaciones y de todos los atractivos del mundo.

Por hallarse donde se hallaba, por su espléndida situación en el lugar más aristocrático y populoso de la ciudad, la casa había despertado no pocas ambiciones, no efímeras codicias: una casa abandonada, de la que nadie sabía quién era el dueño, ni el administrador, ni tan siquiera el guardador o vigilante de ella, forzosamente había de llamar la atención de los hombres de



negocios, de los que ven en todo la posibilidad de hacer una ganancia pingüe, un negocio más o menos honrado, pero siempre muy productivo, porque el abandono de la casa muestra bien a las claras la ruina del propietario, o su desidia o su falta de interés, casos todos de poder obtener a precio ventajoso y en condiciones inmejorables un inmueble que en otras circunstancias pudiera producir un sólido capital.

Gregorio Fernández de Soto era uno de esos hombres. Vivía del negocio, para el negocio y por el negocio; sin negocios, no comprendía la vida; para él, el mundo entero estaba hecho de cifras, de lucubraciones, de alzas y bajas, de cotizaciones, de tantos por ciento, de intereses y de capitales... El no tenía capital, pero sabía bien la forma de hacerlo. Conocía al dedillo todos los intrincados del mundo de los negocios y navegaba por los más intrincados senderos de él con una seguridad y un aplomo que habían conseguido errarle un nombre y una posición entre la sociedad madrileña, esa sociedad de hoy, que no hurga en el árbol genealógico ni se adentra en los medios empleados para conseguir el fin.

Gregorio Fernández de Soto, Goyo, como le llamaban familiarmente sus amigos y como se le conocía en el "todo Madrid" que forma la aristocracia del nombre y del dinero, había consegui-

do, nadie sabía por qué medios, el fin de hacerse un nombre, de lograr una consideración social, de hacerse admitir entre la aristocracia y de privar en los salones como uno de los más afortunados galanes y como un hombre de mundo, al que todos conocían sin saber nadie quién era ni de dónde venía.

Y Gregorio Fernández de Soto, Goyo, se había enamorado, como de una cortesana, de la casa que se alzaba hermética e impenetrable en una de las más populosas vías madrileñas.

Quería montar en ella sus propias oficinas, ampliar su casa comercial, instalar en ella sus despachos y lograr así una mayor prestantia en el mundo financiero, porque a Goyo no se le escapaba que la *mise-en-scène* tiene una gran influencia en el éxito de la vida, cuando ella se sabe hacer con discreción, sin estridencia, con elegancia y sin querer mostrar demasiado claramente que todo aquello no es más que una cecrografía para atraer incanios.

Muchas vueltas había dado Goyo en torno a la casa. Muchos días se había acercado a ella, la había contemplado largamente, había hecho mentalmente el plano interior de la misma y la había arreglado, con su imaginación brillante y portocosa, al gusto y medida de sus ansias.

Pero la casa se burlaba de él, siguiéndolo sumida en su impenetrable mis-



terio. Goyo había llamado repetidas veces a la puerta, había forcejeado con la intención de penetrar sin permiso si la puerta, por una extraña casualidad, hubiera cedido; había merodeado frente al jardín, mirando con insistencia aquellas ventanas que se empeñaban en permanecer siempre cerradas, como si guardaran dentro un tesoro o como si escondieran cautelosamente un crimen.

Ni un indicio, ni una pista, ni el menor signo consiguió descubrir en aquellas andanzas en torno a la codiciada presa. Cuanto más cerca estaba de ella, más lejana, más imposible la veía.

Goyo fué aquel día a su despacho un poco desalentado por el escaso éxito de sus pesquisas. Mientras revisaba la correspondencia del día murmuró, dirigiéndose al gerente que le ayudaba en su tarea:

—Vengo de allá... y por las trazas nadie habita en la casa.

—Ya le dije a usted que hace muchos años que está cerrada—replicó el gerente, que también se había preocupado de aquel asunto.

—Sí, pero hay que averiguar quién es el dueño de ella... Alguien ha de ser su dueño... hay que buscar la pista. Ya lo ve usted, aquí nos ahogamos ya—añadió, mostrando aquellas oficinas vastísimas que, con el éxito creciente de los negocios, se habían ido

haciendo chiquitas para sus necesidades. —Aquel sitio es magnífico... ¡Si pudiéramos saber quién la administra o quién se cuida de ella!

—Creo que el propietario era un noble, un rancio título... Conde de San Cirasco... o de San Ilán... o algo parecido—replicó el gerente.

—¿Un conde?—exclamó Goyo, como si de pronto una idea luminosa hubiera brotado en su cerebro—. ¡Eso es ya un indicio! Si es propiedad de un noble, se lo encargaré a Gabino; él los conoce a todos.

—¡Es verdad! ¡Lástima que no se nos ocurriera más pronto! Gabino lo resolverá todo. El dispone de más tiempo que yo para preocuparse de esas naderías, porque no creo que a Gabino le maten las preocupaciones—replicó el gerente en un tono un poco despectivo, un tanto celoso de la predilección que su jefe mostraba por Gabino, por aquel muchacho que era un alacado, que se movía mucho y no hacía nada, que hablaba con volubilidad, que le gustaba divertirse, que estaba siempre en los restaurantes de moda y en los bares más concurridos, que se codeaba con toda la aristocracia y que usaba a todos los títulos con una naturalidad y un desgarro que enervaban al gerente, hambreado, aficionado a no salirse de su esfera propia, de vivir en su ambiente único, de no mezclarse en aquella heterogeneidad que privaba

en los salones aristocráticos, de los que él huía.

Goyo, don Gregorio le llamaban en la oficina, se quedó un momento en silencio y luego añadió, siguiendo el hilo de sus pensamientos:

—Gabino cumple siempre al pie de la letra todo cuanto le mando. El arreglará ese asunto... Hoy mismo le hablaré. Diga que me traigan el correo de hoy, que ya debe haber llegado.

El gerente se inclinó con respeto, se mordió los labios y salió a cumplir la orden que acababan de darle.

Gabino no era ni un bohemio, ni un golfo, ni un fresco, ni un vago, aunque acaso tuviera un poquitín de cada cosa, un chispazo insignificante y, siempre, eso sí, en el sentido bueno que pudiera darse a cada uno de esos calificativos: si se le podía llamar bohemio, era por lo dádivo y desgreñado; si golfo, por lo despreocupado de su conducta; si fresco, porque no daba importancia a ninguna cosa seria de la vida, aunque no hiciera nunca nada que pudiera serle tachado de inmoral; si vago, porque no se le veía nunca hacer nada, aunque era la actividad personificada.

Era el tipo del segundón de las casas nobles en tiempos pasados: emparentado con la aristocracia, viviendo en un ambiente distinguido y elegante, admitido en todas partes por su ahelengo, y teniendo en todas partes que disimu-

lar su falta de medios de fortuna, su escasez de dinero, sus dificultades familiares.

Este era Gabino, el brazo derecho de Goyo, su gran amigo, su colaborador, su infatigable agente para cualquier negocio, fuera de la clase que fuera, siempre que no se saliera de los límites de lo legal, porque Gabino, ya lo hemos dicho, era, ante todo, un hombre recto bajo la apariencia de su frivolidad y de su gran despreocupación moral.

Gabino reñía las condiciones de locacidad y de ingenio, de atrevimiento y de osadía que le faltaban a Goyo. Por eso se completaban de tal forma que no se podía pensar en uno sin ligarlo estrechamente al otro.

Gabino entró aquel día, como todos los días a aquella misma hora, en el bar más moderno y más concurrido de Madrid. Entró con su aire deportivo y elegante al mismo tiempo, con su simpática sonrisa, con su mirada alegre, saludando a todos los amigos, que era lo mismo que decir que saludaba a todos los asiduos al bar. Cruzó la sala y oyó que le llamaban por su nombre:

—¡Gabino!

—¡Juana, hombre, si te buscaba a ti precisamente! — replicó Gabino, saludando cordial y amablemente al mismo tiempo que echaba mano a su cartera. —¡Toma, cuatro butacas de la fila tercera para el estreno de esta noche! Las mejores del teatro — añadió triunfal-

mente, mientras entregaba a su amigo las localidades.

—¡Y decían que estaban agotadas! —murmuró con aire de duda Juaco.

—¿Y lo estaban! —replicó Gabino, ofendido por la duda—. ¿Crees que ha sido cosa fácil encontrarlas? ¡Vamos, anda! ¿Pues qué te figuras? Lo que pasa es que... ya sabes... la taquillera—dijo Gabino, haciendo un gesto pensoso.

—Suprime detalles; me has convenido—rió el otro, siguiendo la broma.

—¿No ves? Ya vas aprendiendo mi modo... En cuanto te estudies mis cuatro trucos y mis cuatro frases... vas a ver el Gabino número dos.

—¡Imposible! No puede haber otro como tú, que sirva para todo y no sirva, en serio, para nada...

—Gracias por el favor—replicó Gabino sin ofenderse—. ¡Y por muchos años pueda ser así! ¡Desgraciado el día en que tenga que tomarme algo muy en serio! La vida se ha de tomar siempre en broma, sino resulta aburridísima.

—¿Cuánto te debo?—preguntó Juaco, disponiéndose a pagar.

—Deja... ya arreglaremos cuentas otro día... Esta banca tiene siempre crédito abierto a los amigos—replicó, señalando su bolsillo—. ¡Que te diviertas, y si te sonríe alguna *vedette*, dedícame un recuerdo!

Gabino se había alejado ya. Le re-

clamaban otros amigos. Todo el mundo le haría encargos, le pedía recomendaciones, buscaba su consejo, su orientación, su guía. El acudía a todo, contestaba a todos, resolvía las dudas y facilitaba la solución de las cosas más difíciles.

—¡Gabino!...

—¡Gabino!...

—¡Gabino!...

De todas partes le llamaban, de todas partes requerían su presencia, y Gabino sonreía siempre, atenta, feliz, frívolo, inconsciente, revoloteando de un lado a otro con una ligereza y una falta total de egoísmo, como si estuviera convencido de que había nacido para hacer favores a los demás y no pensar nunca en sí mismo.

—¡Gabino! —llamó una muchacha que estaba sentada ante una de las mesas.

—Voy a ver qué quieren las damas—dijo Gabino al amigo que le estaba hablando.

—Es Amelia... y ya sabes tú lo que quiere. A ver si le haces caso alguna vez—le embromó el amigo, haciendo alusión a la muchacha, que no podía ocultar su entusiasmo por el dinámico y simpatiquísimo Gabino.

—Mira... ése es el único favor que se me resiste—contestó Gabino, haciéndose un poco el interesante.

Y corrió al lado de la que le llamaba y que se encontraba a pocos pasos

de él y estaba, además, con otra amiga que la acompañaba. Gabino se sentó al lado de Amelia, hablándole con la volubilidad que le era característica y que le hacía pasar rápidamente de un tema a otro de conversación sin inmutarse, sin perder su aplomo, sin tener que huscar las palabras, como si fuera capaz de atender a un mismo tiempo mil y un asuntos diversos.

—Amelia, alma mía, estás hoy bonita como nunca—dijo Gabino galante, dirigiendo la flor a Amelia, pero clavando su mirada admirativa en Berta, su amiga.

—¿Bonita?... ¿Lo dices porque no me ves?—replicó Amelia, que se había dado cuenta de que la admiración iba dirigida a Berta.

—¿Que no miro? ¿Para qué tengo los ojos, sino para ver?—preguntó Gabino, no dándose por enterado de la indirecta. Y dirigiéndose a Berta, añadió: Me lo habían dicho muchas, muchas veces...

—¿Qué?

—Me lo habían dicho y no quería creerlo—repitió Gabino para dar más interés a su frase.

—Pero ¿qué te habían dicho?—preguntó Berta, a la que había conseguido intrigar.

—¿Que cada día estabas más guapa!

—¡Bah!—murmuró Berta, fingiendo desdén, pero intimamente halagada por aquella frase trivial que en labios de

Gabino tenía un no sé qué de original y adulator.

—No te quejarías... Ya ves que tengo amigos finos—dijo Amelia, enojada al ver que todas las atenciones del muchacho eran para su amiga.

—Sin finuras de ninguna clase—siguió Gabino, gozándose en hacer sufrir a Amelia—. Lo dice todo el mundo: *Vox populi*.

Amelia se mordió los labios y luego sonrió, con esa sonrisa con que las mujeres enebren muchas veces el agrado dular de los celos.

En aquel momento, un botones se acercó a decir a Gabino que don Gregorio Fernández de Soto le buscaba.

—¿Goyo? ¿Dónde está?—preguntó Gabino.

El botones señaló la barra, donde estaba Goyo tomando un cóctel.

—¡Voy, Goyo!—gritó Gabino, que podía permitirse por ser él, hablar a voces en un sitio público que era para él como su propio hogar—. Perdonadme un momento, vuelvo en seguida—añadió, dirigiéndose a las dos amigas. Y corrió a reunirse con Goyo, ante el que se cuadró militarmente, diciendo con aire cómico y juguetón:

—¡A la orden, patrón! ¿Qué pasa?

—Nada... la castita... la dichosa castita, que me tiene loco. No hay modo de meterle mano. Por lo visto, es un misterio impenetrable el que la rodea. Si



tú no despejas esa incógnita, estoy perdido.

—Pero ¿qué quieres saber? — preguntó Gabino, interesándose ya por aquel asunto, que a él nada le importaba, pero que interesaba a su amigo.

—Par de pronto, el nombre del propietario. Creo que es un conde... de San Illán o de algo por el estilo.

—¿Ya está!... ¡Sencilísimo! — exclamó Gabino, para quien no existían dificultades y que todo lo atajaba y solucionaba rápidamente.

—¿Qué va a estar, hombre, si es un lio de mil demonios!

—Aunque sea de mil pares de demonios... No olvides que soy vecino.

—¿De los demonios? — preguntó Goyo, dando a todos los ídem.

—No, no...

—¿Del conde? — volvió a preguntar Goyo, impacientándose.

—No, hombre, no, tanto... Ya es bastante que sea vecino de la casa — replicó Gabino riendo ante las impacencias de su amigo—. Vivo enfrente, ya sabes. ¿Qué quieres que te diga al dueño? — preguntó, como si ya estuviera todo solucionado y no fuera más que cuestión de ultimar los últimos detalles.

—Al dueño no puedes decirle nada, porque no vive en Madrid.

—No importa — contestó Gabino con aplomo, no dándose por vencido. ¿Cómo se iba a dar por vencido él, para quien no había dificultades en la vi-

da! Sería la primera vez que fracasara, y Gabino no estaba acostumbrado al fracaso ni gustaba de pensar en la posibilidad de que esto llegara alguna vez.

Goyo, que no era tan arrebatado como su amigo, ni se dejaba llevar por un exceso de optimismo, le dijo, poniéndose serio:

—Sin bromas, Gabino, localízame al dueño, o por lo menos averigua quién pueda ser.

—Quién es... nombre, título, señas personales, lugar de su residencia, dirección telegráfica, tasa por palabras... todo eso lo sabes aquí mismo esta misma noche, con todo lujo de detalles.

—Brindemos por el buen éxito de tus pesquisas — dijo Goyo, ofreciendo otra copa a su amigo.

—No, gracias, no bebo más... me están esperando — replicó Gabino, mostrando con un gesto la mesa en donde le estaban esperando sus dos amigos.

—¿A tí?

—Sí... voy a ver si me enamoro por las buenas — contestó Gabino, burlón y mordaz.

—¿Enamorarte tú?.. ¡De Amelia no será! — exclamó Goyo, riendo con todas sus ganas.

—Hombre... ¡que se entere de eso todo el mundo menos ella!

—La que va con Amelia es guapísima — comentó Goyo, mirando fijamente a Berta.

—¡No falla! — murmuró Gabino, dando un golpe en el mostrador—. ¿Has observado, Goyo, que siempre que una mujer está por ti, es preciosa... la que va con ella?

—Tienes razón, Pero oye, lo que a mí me importa es lo de la casa, que no se te olvide — insistió Goyo, que tenía aquella idea clavada en el cerebro.

—Nada, chico, lo de la casa... está en casa — afirmó Gabino, marchando hacia la mesa en que estaban esperando las dos muchachas.

Pero alguien le detuvo también antes, y cuando él llegaba dispuesto a hacer la corte a Berta, porque ésta le interesaba mucho más que Amelia, la primera se levantó y marchóse con otro que había ido a buscarla. No le gustó a Gabino la perspectiva de quedarse a solas con Amelia y, fingiendo recordar algo de pronto, algo muy urgente, se dirigió con toda rapidez hacia la puerta.

Amelia reprimió un gesto de despecho y de dolor ante el desvío de aquel hombre, del que estaba locamente enamorada y por el que hacía los ridículos más espantosos, y se dispuso a marcharse.

Gabino sintió que ella le seguía y buscó entre la multitud a alguien que le librara de aquel fastidioso asedio cuando descubrió a su hermano Alvaro, que entraba en aquel momento en el restaurante.

—¡Alvaro, gracias a Dios! — exclamó, abrazándole con inusitada efusión—. ¿Dónde vas? ¡Creí que no daba contigo! ¡Ya era hora que vinieras!

—¿Te has vuelto loco? — preguntó Alvaro, mirando con extrañeza a su hermano, al que sólo veía en casa y con el que no se avenía mucho, puesto que eran las dos caracteres más opuestos y dispares que pudieran existir.

—Por lo que más quieras, Alvaro — murmuró Gabino al oído de su hermano—. No me dejes... Amelia me sigue. Si me pesca, no hay quién me la quite de encima en toda la noche.

—Amenidades del bar — comentó Alvaro con ironía—. No comprendo por qué venís.

—¿Por qué vienes tú? — preguntó Gabino, que siempre echaba a broma las reprimendas de aquel hermanito serio, que no se permitía nunca una distracción, que se pasaba la vida trabajando y que se imaginaba que era una impenable pérdida de tiempo el asistir a un lugar público en busca de expansión.

—He venido porque un cliente se empeñó en traermelo... y, total, que he bebido unas copas y hemos dejado el asunto sin resolver. ¿Me dejas ya? — interrogó Alvaro, que estaba molesto y quería marcharse pronto.

—Ahora menos que nunca — murmuró Gabino, viendo que Amelia se acercaba—. Ahí viene el punto neurálgico.



gicio de esa cuestión que en este momento nos tiene tan unidos—siguió diciendo, hablándole muy bajito y fingiendo un gran interés en la conversación.

Amelia creyó que los dos hermanos hablaban de algo muy trascendental y, sin atreverse a interrumpir la conversación, salió del bar llevando clavada en su corazón la amargura de su fracaso sentimental.

—¡Salvador! — exclamó Gabino con alegría, cuando la vió desaparecer tras la gran puerta de cristales—. ¿Tras coche?—preguntó a Alvaro.

—No tengo tiempo para andar a pie —contestó sentenciosamente su hermano.

—¿Qué suerte!... ¿Me llevas? Porque supongo que vamos al mismo sitio. ¿Almuerzas en casa?

—¿Dónde quieres que almuerce? —preguntó Alvaro, ofendido por la duda.

—¡Sin mal genio y con más memoria, Alvarito, que más de una vez nos abandonas para ir a almorzar con tus clientes! Yo no dejo de almorzar cada día con mamá... ni por el bar...

\* \* \*

Hacia rato que la madre estaba esperando a sus dos hijos. Era una señora elegante, bella todavía, con esa dulce belleza de las mujeres que han sabido ser madres y se han ido adap-

tando al paso del tiempo. Sus cabellos blancos coronaban una frente despejada y noble. Sus maneras eran aristocráticas, su mirada suave, su sonrisa tierna y melancólica. Había quedado viuda muy joven con aquellos dos hijos, en los que había reconcentrado todos sus amores, todas sus ilusiones, todas sus esperanzas, en aquellos dos hijos que eran la prolongación de la vida del esposo amado y el mejor tesoro que le había dejado al abandonar prematuramente este mundo.

Doña Dolores amaba entrañablemente a sus dos hijos. Sufría a veces por la diferencia de carácter tan acentuada que separaba a los dos hermanos, y había de necesitar toda su valentía y su tesón, toda su ternura de madre y toda su serenidad de mujer para no mostrar una marcada predilección hacia alguno de ellos. Los dos eran hijos suyos y a los dos quería por igual... ¡pero si hubieran tenido más afinidad en sus gustos, más semejanza en sus aficiones, más compenetración en sus trabajos, le hubiera sido a ella mucho más fácil tratarles con idéntica ternura! Ahora, era una lucha constante dentro de su alma para poder ir llevando a aquellos dos caracteres tan opuestos sin herir susceptibilidades ni ofender orgullos ni maltratar sentimientos.

La vida en el interior de aquel hogar, regido por una mujer inteligente y buena, dulce y resignada, transcurría

apacible y monótona, con esa monotonía de las vidas ya encarriladas después de una gran desgracia y que se han sabido adaptar a la nueva senda abierta ante ellas tras el golpe de la suerte. Doña Dolores, después de la muerte de su marido, que fué para ella como el aniquilamiento de toda su existencia, había reaccionado pensando en aquellos dos hijos que él le dejara, en aquellas dos criaturas que eran su carne y su sangre... y que eran mucho más que esto... ¡que eran la condensación de todo el amor que les había unido! Y por ellos, por los niños, volvió a tomarle gusto a la vida y se hizo una vida opaca, gris, suave, tranquila, como remaneo humilde detenido entre las frondas de un bosque después de haber atravesado la turbulencia del torrente que se despeña por el monte.

Después de comer, la madre y los dos chicos—ahora ya no eran los niños, porque se habían convertido en dos hombres fuertes y viriles, como su padre—se sentaban en el saloncito íntimo para tomar el café. Era aquella la hora del día que la madre podía gozar con calma de la presencia de sus hijos, porque el resto del día se los arrebatava la vida de actividad y de trabajo que, cada uno de ellos por su estilo, llevaba.

Aquel día, mientras Alvaro leía la prensa, Gabino arreglaba cuidadosamente un encendedor, poniendo en ella

todo su cuidado y todo su interés, como si estuviera haciendo la más complicada obra de ingeniería, mientras la madre, silenciosa, los contemplaba y sentía el suave consuelo de la presencia de sus hijos.

Cuando Gabino dió por terminado su trabajo, entregó el encendedor a su hermano y le dijo:

—Toma... ¡ha quedado perfecto! Ni un Dunhill respondería mejor.

—Veremos lo que dura —contestó Alvaro sin levantar la vista del periódico, cogiendo el mechero.

—Si no sabes cuidarlo, no durará nada... No basta echarle gasolina, te advierto. Tienes que mimarlo. Mira, lo mejor será que yo te lo revise cada dos o tres días.

—Si te acuerdas—replicó Alvaro con acento de duda, dando con ello a comprender que confiaba poco en la constancia de su hermano.

—Si yo no me acuerdo... para eso tú tienes tan buena memoria... y al fin y al cabo, tú eres quien lo va a usar —dijo Gabino, contestando ironía por ironía, pero sin enojo, siempre en aquel tono festivo, con aquel aire juguetón, con aquella poca importancia que concedía a todas las cosas, como si se deslizaran sobre él sin apenas rozarle.

Alvaro no respondió. Había vuelto a entregarse a la lectura del periódico y no hizo caso de las palabras de su hermano. A él no le afectaban las bromas.

mas de Gabino ni le importaban su inconsciencia y su falta de formalidad.

—Oya, mamá—dijo Gabino después de un largo rato de silencio y tras unos momentos de mirar, a través de los cristales del balcón, la casa abandonada que tanto y tanto interesaba a su amigo Goro—. ¿Cuántos años hace que vivimos aquí?

—¿A qué viene ahora esa pregunta? —inquirió la madre, extrañada.

—No sé... a nada... pensaba que esa casa de ahí enfrente no debe haber estado así siempre, tan hermética, tan cerrada, tan misteriosa... que debía vivir alguien y que acaso tú hayas conocido a los que en ella vivieron.

—¿A qué casa te refieres? ¿A la de los Sancidrián?

—¡Ah! ¿Como sabes de quién es la casa?

—Naturalmente, lo sé como lo sabe todo el mundo. Los Sancidrián... —comenzó diciendo la madre.

—¿Sancidrián? ¿Los primos de Argamuña? —preguntó Alvaro, que pareció interesarse también en la conversación.

—Eso es... Ellos, Olivares de apellido—explicó la madre.

—Tía de Lisette... de esa antipática que siempre me está pidiendo tabaco rubio—comentó Gabino.

—Exacto: la madre de Lisette es una Olivares—añadió doña Dolores.

—La primera noticia—comentó Al-

varo, que no estaba al tanto de la genealogía ni del parentesco de los demás.

—¿De los Sancidrián? —preguntó Gabino, que estaba interesadísimo en el asunto.

—¿Qué ha sido de los Sancidrián? —añadió Alvaro, que conocía a aquella familia, pero que ignoraba fueran los propietarios de la vecina casa.

—El último de los Sancidrián que vivió en la casa—explicó doña Dolores, —salí de España hará cosa de veinte años. Dicen que era un gran romántico y otros aseguran que no era más que un neurasténico. La verdad es que amaba locamente a su mujer. Que sus cinco años de matrimonio fueron una eterna luna de miel...

—¿De los míos! ¡En adoración permanente! ¡La felicidad! —exclamó Gabino en tono que quería ser cómico, pero que era muy sincero.

—La felicidad duró poco para Sancidrián. Cuando llegó el primer hijo, trajo consigo la muerte de la esposa. Sancidrián cerró la casa, dejándola tal como estaba el día en que ella murió y se fué de España para siempre, llevándose a la criatura, causa inocente de su gran dolor. Pocos meses después de estos hechos, vinimos nosotros a instalarnos aquí. Por eso hemos visto siempre cerrada esa casa a cal y canto, como si fuera una casa misteriosa poblada de fantasmas.

—¡Vaya un tío! ¡Hoy no pasan esas cosas! Así deberíamos ser todos, así deberíamos amar todos—exclamó Gabino con vehemencia.

—Estás más "chalo" que el pobre Sancidrián— comentó Alvaro, lacónico y tajante.

—¿Porque soy un sentimental? Pues, ¡bendita chaladura! ¡Y que días me libre de estar nunca más cuerdo!

—Pues a mí, que Dios me conserve mi cordura... Yo, muchas veces, mirando esa casa, he pensado en la posibilidad de comprarla con mi esfuerzo, con mi trabajo, con mi perseverancia, y me he imaginado a nuestra madre paseando por sus salones, dando órdenes a los criados, recibiendo a sus amistades... y todo gracias a mi trabajo y a mi esfuerzo. Esto no será muy sentimental, pero acaso dentro de la materialidad de este esfuerzo por ganar dinero, se encierre también alguna chispita de sentimiento. ¿No lo crees así, mamá?

—Sí, hijo mío.

—Pues yo te juro que he de trabajar día y noche hasta que consiga ofrecerte esa casa—afirmó Alvaro.

—Me basta, hijo mío, con tu buen deseo—replicó doña Dolores sonriendo halagada por aquel afán de su hijo mayor.

Alvaro besó a su madre en la frente y salió del saloncito.

Gabino siguió mirando la casa vecina y, dejándose llevar por su imaginación

volandera, alzó de par en par el balcón para contemplarla mejor. Una oleada de aire glacial llegó hasta su madre, que volvió rápidamente la cabeza y exclamó:

—¡Pero, hijo, estás loco! ¿Quieres cerrar ese balcón?

—Pero, mamá... ¡si hace una tarde espléndida!

—¿Qué miras con tanto interés?

—La casa...

—¿También tú la querías? — preguntó la madre con ternura.

—Yo no... mamá... Yo soñaba, soñaba que detrás de esas persianas cerradas herméticamente, entre esas paredes abandonadas y desiertas, había de nacer la vida, que otra vez la alegría y el amor se habían filtrado en ellas y lo poblaban todo de encantos y de ilusiones. Soñaba que, de pronto, una mujer joven y bonita como la primavera abriría todas las mañanas esas persianas, se asomaba al balcón, bajaba al jardín lleno de flores y se paseaba por él como un hada entre sus hermanas. ¡Da pena pensar que esa casa pueda convertirse en la aridez de unas oficinas modernas!

—¿En oficinas?

—Sí, mamá... a Govo se le ha metido en la cabeza convertir esa casa tan llena de románticos recuerdos, en la "sede central" de sus negocios.

—Pues, hijo mío, si lleva adelante su idea, como supongo que una de las



obstinada será para ti, y como me figuro que alguna vez te asomará a la ventana y te verá en ella... por mi parte me alegraría mucho de que eso fuera.

—Por mi parte, preferiría que la que se asomara fuera una chiquilla fresca y graciosa, que me hiciera guiños expresivos...

—Ya comprendo... una aventurilla, más o menos romántica, al alcance de tu mano, ¿no es eso? Pero, oye, cierra el balcón, que me estoy quedando hecha un témpano, y si no tienes nada que hacer, ¿por qué no me arreglas la lamparilla del reclinatorio? Van dos veces que llamo al electricista, y todavía no ha venido.

—¡Pero, mamá, haberlo dicho! ¿Para qué llamas a nadie, si la electricidad es lo mío?—exclamó Gabino, abrazando a su madre y haciéndole dar un par de vueltas en sus brazos.

—Lo tuyo es cualquier cosa que te divierta—rió ésta, queriendo adoptar un aire de reprensión, sin llegar a conseguirlo.

—¿Te vas a meter conmigo después de lo que trabajo?—preguntó Gabino, riendo también.

—¿Trabajar tú?... ¿Quisiera yo saber a qué horas trabajas! Te levantas tarde, te acuestas a las mil, vives entre bares, restaurantes, fiestas sociales; no tienes un minuto de sosiego, porque siempre te reclaman tus amigos...

—Mamá, esta es simpatía y gracia

personal... y eso también es trabajar. Tú sabes que trabajo con Goyo y para Goyo, y los negocios de Goyo hay que despacharlos en cualquier parte: en el bar, en el café, en el teatro, en el baile. Sin mi simpatía, sin mis relaciones, sin la gracia que tengo para tratar a la gente, la mitad de los negocios de Goyo se irían al agua...

—Y ahora muchos se los llevan... el vino y las mujeres—comentó la madre con un poco de tristeza.

—¡Mamá!

—Sí; no me dirás que a las cuatro de la madrugada, apurando chatos y acompañado de las muchachas que pueden ir por el mundo a esas horas... estás trabajando y haciendo negocios.

—Mamá, con esa penetración, vas a ser la ruina de las pitonisas—dijo Gabino, acorticiando con mimo a su madre—. Pero el caso es que, sea como sea, yo trabajo y me gano lo mío, además de ganarme la simpatía de todo el mundo, ¿no te parece?

—Calla, calla, que si te dejo hablar, vas a acabar convenciéndome... Tendrías que tomar ejemplo de tu hermano. Ese sí que es un trabajador infatigable. Cuanto haga, se lo habrá ganado con su propio esfuerzo, con su trabajo, con su perseverancia. ¡Alvaro es todo un hombre, como tu padre!

—Sí, sí... pero cuando hay que arreglar una bombilla, aquí está el pique, el chisgarabía, el don nadie... para arre-

glarlo todo y para que en mamaita no tenga que preocuparse de nada...

Volvió Gabino a besar a su madre, zarandeándola suavemente, y salió rápido a cumplir con el encargo que acababa de hacerle.

\*\*\*

La habitación de Gabino denotaba el carácter desordenado e inconstante de su dueño. Era un angustioso cuadro, amueblado con sencillez y buen gusto, pero en el que había tal cantidad de cosas heterogéneas mezcladas y desordenadas por todas partes, que le quitaban a la habitación el aspecto señorial que hubiera tenido si todo hubiera estado en orden perfecto.

Gabino no podía sufrir el orden. Decía que el orden estaba en el desorden y que en una casa excesivamente ordenada nunca podían encontrarse las cosas. Realmente, él manipulaba entre las cosas con aplomo y sin vacilaciones, y siempre encontraba lo que buscaba, aunque tuviera que buscarlo en los rincones más extraños.

Aquella noche había llegado pronto a su casa, se había tumbado en la cama, comenzó a leer los periódicos de la tarde, mientras escuchaba la radio, y se durmió, sin darse cuenta, hacia la madrugada, porque, acostumbrado a acostarse siempre cuando el alba se anunciaba, el día que se acostaba pron-

to no podía conciliar el sueño hasta aquella hora.

Le despertó con sobresalto, cuando ya el sol espléndido del mediodía bañaba todo su dormitorio, la voz potente del speaker, que decía a través de la radio, cuyo botón había hecho girar en plan de consulta:

—Acaban de escuchar nuestras radioyentes, las dos en el reloj de Gobernación.

Dió Gabino un brinco en la cama; se frotó los ojos, saltó al suelo y se encaminó al balcón para abrir las persianas y cerciorarse de que era aquella hora.

Un gesto de extrañeza se dibujó en su rostro al abrir el balcón. Volvió a frotarse los ojos, como si dudara de lo que veía. Pensó que estaba dormido y que soñaba, se pellizcó la nariz para convencerse de que estaba despierto y miró fijamente a la casa de enfrente, a la casa misteriosa, a la casa de la bella historia romántica que su madre le había contado.

En el balcón de la casa fronteriza, bañándose en el sol tibio y espléndido del mediodía, sonriendo al cielo azul, respirando a todos pulmones el aire puro de aquella mañana de invierno, una muchacha, una chiquilla graciosa y bonita, acaso más bonita que la que Gabino había soñado tantas veces en su imaginación exaltada, estaba acodada en el barandal, ajena por completo a



los diversos sentimientos que despertaba en el corazón del desconocido vecino.

Gabino dió un salto cuando se hubo convencido de la realidad de los hechos. Cogió unos prismáticos, contempló con sumo deleite a través de ellos a la bella desconocida, corrió luego al cuarto de baño, se afeitó y se vistió rápidamente, lanzándose apresuradamente a la calle.

Gabino llegó hasta la casa misteriosa. Miró la verja del jardín y llamó. Esperó unos segundos y volvió a llamar, y como nadie acudiera a su llamada, se apoyó en la verja, decidido a esperar todo el tiempo que fuera necesario. La verja cedió a su peso, porque estaba abierta, y Gabino cruzó rápidamente el jardín, aprovechando aquella feliz coincidencia.

Al llegar a la puerta de la casa fué a llamar, pero pensó que acaso estaría también abierta, como la puerta del jardín, y empujó suavemente. Como la puerta también cediera, entró sin más preocupaciones. Aquello parecía arte de encantamiento. Gabino se imaginaba vivir un cuento de hadas.

El *hall* estaba lleno de obreros, que iban y venían en todas direcciones, llevando muebles, objetos de arte, escaleras de mano, cortinajes, denotando con ello que en la casa se operaba una gran transformación, que alguien había

llegado a ella y que se trataba de ponerla en condiciones habitables a la mayor brevedad posible.

Gabino no sabía dónde dirigirse ni qué hacer. Preguntó a varios obreros y nadie le supo dar razón de lo que preguntaba.

—Soy el tapicero, y no sé nada más que vamos a colocar estos cortinajes.

—Soy el ebanista, y me han llamado para restaurar unos muebles.

—Soy el albañil. He venido a hacer algunas reparaciones.

Así le contestaban, pero ninguno sabía por qué iban a hacer aquello ni para quién lo hacían. Al fin habló con otro que estaba un poco mejor informado: era el empleado del guardamuebles, donde habían guardado las alfombras, y había ido a llevarlas, requerido por el administrador de la casa. Gabino le invitó a fumar y se enteró de lo que le interesaba saber.

—Don Justo nos ha llamado y nos ha dicho que la señorita volvía y que había que arreglarlo todo rápidamente — explicó el hombre.

—¿Y quién es don Justo?

—El administrador. Tiene un genio vivo, pero es un buen hombre. Ahora mismo hemos traído un disgusto, porque la señorita es una pólvora, y una de las alfombras que hemos traído tiene un enorme boquete, producida por la polilla o por las ratas o por quemadura... ¿Cómo se ha puesto!... Miré,

ahí viene don Justo con la secretaria de la señorita... Yo me esfumo, pues no quiero que vuelvan a regañarme.

Gabino vió el cielo abierto. Esperó unos momentos, mientras don Justo y Marta, la secretaria de la señorita, se acercaban a él, habiéndolo acaloradamente el primero, con calma y tranquilidad la segunda.

—¡Qué genio tiene la niña! ¡Vaya unos prontos! ¡Los mismos del señor conde, los mismos, pero entonces yo era joven y tenía más correa, y él era un hombre... y ella no es más que una mocosa, y yo ya he acabado la paciencia! —decía el administrador, sudando de rabia.

—Tenga paciencia, don Justo... La señora condesa está mal acostumbrada.

—¡Y tanto! ¡Todo lo quiere en un santiamén! ¡Como si las cosas se hicieran solas!

—El señor conde la tenía muy mimada y consentida... Le permitía todos los caprichos y le evitaba todas las preocupaciones.

—Perdonen ustedes — interrumpió Gabino adelantándose—. Perdonen ustedes que me presente: soy el jefe del guardamuebles, sección pisos, tapicería y alfombras, de la casa Gutiérrez, vulgarmente conocida por González Sobrinos y Hermanos... Necesito hablar con la señora condesa.

—La señora condesa, hasta nueva or-

den, no recibe a nadie— replicó don Justo de mal talante.

—Retrasa usted, señor administrador. Esa orden es para dentro de cinco minutos. Yo vengo a resolver el asunto del tapiz—contestó Gabino, que estaba decidido a todo con tal de conocer a aquella chiquilla a la que había visto asomada al balcón y que respondía tan bien a la que él soñara tantas veces.

—Sí, sí... pero a mí me han dado órdenes terminantes.

—Señor administrador, si es usted incapaz de comprender un carácter como el de la señora condesa, es mejor que dimita usted su cargo sin pensarlo, ahora mismo—replicó Gabino, enérgico, y dirigiéndose a Marta con la más amable y encantadora de sus sonrisas, le dijo, convencido de que con el género femenino tendría mejor suerte:

—Señorita, ¿le parece que vayamos los dos a tranquilizar a la señora condesa? Traigo órdenes precisas del director.

Subyugada por la simpatía del muchacho, devolviéndole la sonrisa, poniéndose un tanto coquetuela para hacerse amable a los ojos de aquel mozo irresistible, contestó Marta:

—Vamos, señor Sobrino y Hermanos. Será un placer para la señorita Cristina encontrar solución al asunto del tapiz. ¡Usted es nuestro hombre!

—No la he dudado nunca—afirmó Gabino siguiendo a Marta, después de

hacerle un gesto de burla al administrador.

Pero Cristina, que era un manojo de nervios y que no se avenía a que la contraríesen en lo más mínimo, llegaba ya hasta ellos, impaciente por conocer las causas que retenían a María y a don Justo en el recibimiento.

—¿Qué hacéis aquí?... ¿Por qué no hacéis cada uno lo que os he mandado?—preguntó, sin fijarse en Gabino.

Marta se adelantó y lo habló de él en voz baja. Cristina le repasó con una rápida mirada, se acercó a él decidida y le dijo, interrumpiendo el ceremonioso saludo con que Gabino quería obsequiarla:

—Antes de decir palabra, venga usted—dijo Cristina, con aquella resolución que la caracterizaba.

Le llevó hasta uno de los amplios salones de la casa y le mostró un magnífico tapiz de Persia que mostraba el destroz producido en él por los ratones, el fuego o lo que fuera, y en un tono de recriminación, como si tratara verdaderamente con el encargado de la casa, le dijo:

—¿Le parece a usted bien la manera que han empleado ustedes para conservar mis tapices? ¿Se puede consentir eso?

—No, señora...—contestó Gabino, sumiso.

—¿Y me querrán hacer creer que eso es obra del tiempo?

—Verá usted... si al tiempo le ayudan los ratones...—arguyó Gabino.

—¿Poco no está clarísimo, hombre de Dios, que esto no está comido por los ratones?—afirmó Cristina rotundamente.

—Cierto... comido no parece... ¡Claro que los ratones, en casa, saben latín y quizá hasta persa!—dijo Gabino, que no sabía qué argumentar, pues nada entendía en tapices, ni mucho menos en sus deterioros.

—Sea lo que sea, a mí, la causa, después de todo, es lo que menos me importa. Lo que me importa es el tapiz, que hoy, ni a peso de oro, podría adquirir... Quiero que se me paguen daños y perjuicios.

—Nada más natural, señora... está usted en su perfecto derecho... y precisamente he venido en persona para tranquilizar a la señora condesa. El tapiz quedará como nuevo—dijo Gabino, que tenía fácil la réplica y que no se callaba por nada del mundo, aunque se encontrara en la más difícil de las situaciones.

—¿Cómo!... ¿Es que piensan arreglarle el tapiz? ¿Es que el tapiz tiene arreglo?—preguntó Cristina, asombrada, pues no veía la posibilidad de reparar aquel deterioro.

—Naturalmente, señora, y no ahí, en la vuelta de la esquina, como si dijéramos... Estamos dispuestos a llevarlo a la Real Fábrica de Tapices. Precisa-

mente, estos tapices de nudo... —decía Gabino, embalado, creyendo haber encontrado una buena solución.

Pero Cristina le miró asustada y exclamó, interrumpiéndole:

—¡No diga disparates, por Dios! ¿Qué tiene que ver esto con un tapiz de nudos? ¿No lo ve usted? Si papó lo trajo de Persia en uno de sus viajes... ¡Es auténtico y antiquísimo! No hay nadie en España ni en toda Europa capaz de arreglarla.

—¡Ah!... ¿De modo que no es de nudo?—preguntó con el acento más ingenuo e infantil Gabino, que comenzaba a encontrarse cortado ante aquella mujercita deliciosa.

—¿Pero es que no entiende usted de tapices?—preguntó Cristina, que a su vez comenzaba a exasperarse por la estupidéz del muchacho que tenía ante sí.

—¿Yo?... ¡Ni tortia!—confesó Gabino, que sufría como si estuviera ante un tribunal de examen. Y, jugándose el todo por el todo, confesó atropelladamente: ¡Para qué voy a presumir?... Ya lo ve usted misma: la tapicería no es mi fuerte... Sé nombres... muchos: "Gobelinos", "De nudo", "Persas", "De Alpujarra"... pero luego, cuando se trata de distinguirlos... ¡ni papa! En fin, cuando usted dice que no es de nudo, así debe ser... ¡vaya por Dios, qué contrariedad tan grande!... Pero, ¿cómo se le ocurrió a su señor padre comprar un tapiz tan complicado... con lo

sencillo que sería ahora arreglarlo... porque siendo de nudo... ¿eh?

—¿Es que además de lo que ha pasado quiere usted tomarme el pelo?—preguntó Cristina cuadrándose delante de aquel hombre que le estaba poniendo los nervios en tensión.

—¿Yo? ¡No, por Dios, Cristina, no crea usted eso!

—¿Quiere decirme cómo se llama usted, para que pueda contestarle en el mismo grado de confianza?—replicó Cristina, altiva, orgullosa, desafiadora, ante el atrevimiento de aquel simple empleado de la casa guardamuebles.

—Ya... pues... usted perdona, señora condesa. Es que sin darme cuenta... al hablar... La señora condesa sabrá disculparme.

Sin hacerle caso, guardando su aire de altivez y de orgullo, Cristina arguyó:

—¿Quiere usted decirme, sí o no, qué solución tiene esto?

—Pues yo... ya... ya diré al director que... que ya, yo... que... como no es de nudo...—balbuceó Gabino, cada vez más desconcertado, no sabiendo por dónde salir de aquel laberinto en el que se había enfrasado sin pensarlo.

—¿Y quiere usted decirme qué atribuciones le ha dado a usted el director?—insistió Cristina, mirándole fijamente.

—¿A mí? ¡Todas! Me dijo: Mira, Gabi (me llamo Gabino), date una vuelta por ahí y arregla lo que sea... Por-



que, claro, como yo creía que... Pero como ahora resulta que es de Persia y que en Persia no está el horno para bollos... ¡Cualquiera manda esto a Persia, con lo enredado que está el Este!

Cristina volvió a mirarle fijamente, y a boca de jarro, sin darle tiempo a pensar, le preguntó, para descubrir la verdad que pudiera ocultar aquel hombre tan extraño:

—¿Desde cuándo trabaja usted en la casa Gutiérrez?

—Yo... en casa González Sobrinos y Hermanos... pues trabajo desde... ¡desde nunca!—confesó Gabino decidido a enfrentar la situación con valentía.

—Lo suponía—suspiró Cristina—. Entonces... ¿a qué viene usted? ¿Quién es usted?

Gabino se vió abiertas las puertas del cielo ante aquellas preguntas, y, adoptando sus modales usuales, de hombre de mundo campechano y simpático, dejando su aire de botorera imbecil, dijo, presentándose naturalmente:

—Soy Gabino Medina, hijo del marqués de la Casa Medina, íntimo de tus parientes de Argamasilla, de tu prima Lisette, que es una antipática que siempre me pide tabaco rubio, y de tantas y tantos que conocerás tú en Madrid... Estoy acostumbrado a que las cosas se me ensuelvan fácilmente... Necesitaba verte en seguida, sin preámbulos, hablar contigo en el acto, y como no tenía quién me presentara... he venido solo...

Se me ha presentado el caso de las alfombras y me he dicho: "Gabi, para entrar con buen pie, nada como una alfombra..." Si la jugarreta te desagrada... tú mandas...—concluyó Gabino, inclinándose con una graciosísima y versallesca reverencia.

Cristina soltó una franca carcajada y luego, reconcentrándose en sí misma, recordando, repitió:

—Lisette... Los Argamasilla... Los de Casa Medina...

—Sí, y los Sancho-Daza, los Fernán, los Peña Florida—añadió Gabino ayudándola a recordar.

—Es verdad... todos esos nombres se los he oído repetir centenares de veces a papá... Todos me acompañaban desde lejos. Eras mi casa, mi mundo, un mundo ideal para mí, porque sólo vivía en mi imaginación...

—Pues te vas a llevar muchas decepciones... La imaginación siempre exagera... Por de pronto, ya ves, los de Casa Medina... ¡yo, claro!... porque no en todos encontrarás la misma diferencia... somos insignificantes.

—¿Insignificantes?... La manera de llegar aquí te acredita de original—rió Cristina, que se había reconciliado con el muchacho, al que encontraba muy simpático y el ideal para camarada.

—¿Original? ¿Porque no tengo nada que ver con los Sobrinos ni los Hermanos de esos González? ¡Pura casua-

lidad! Todo podía haber sido cierto y entonces, ¡adónde originalidad!... En definitiva, aunque no vengo por las alfombras, traigo otro asunto de índole puramente comercial: vengo a comprarte la casa.

—¿Tú?—preguntó Cristina, abriendo tamaños ojos.

—Yo precisamente, no... Se trata de un amigo...

—No te canses. No pienso venderme la casa... Tú no sabes, y es natural, lo que significa esta casa para mí: ¡murió en ella mi madre! Desde muy chiquita quiero yo a esta casa como se quiere a la cajita donde guardas la reliquia más querida, porque en ella guardaba el recuerdo de mamá.

—Comprendo... comprendo tus sentimientos —dijo Gabino, emocionado por aquella noble y sincera confesión.—Y en confianza te diré que me alegro de que no quieras venderla.

—Encantada de que me hayas comprendido tan pronto—dijo Cristina, disponiéndose a dar por terminada aquella conversación, porque tenía mil y una cosas que hacer.

—Si puedo serte útil en algo...

—Gracias—contestó Cristina. Y llamó a gritos:—¡Marta!... ¡Marta!...—Luego, volviéndose a Gabi, le dijo:—Perdona, chico, que dé estas voces, pero es que todavía no funcionan los timbres.

—¿Que no funcionan los timbres?...

¡Pero, hija, hace media hora que estamos perdiendo el tiempo! —contestó Gabi—. Mira, circulo por los hilos eléctricos mejor que por las calles de Madrid... y sin miedo a las multas... Dentro de poco vas a tener timbres hasta para un número musical...

Y Gabino, que no dejaba pasar un segundo entre la idea y la realización de la misma, puso manos a la obra, quedándose en mangas de camisa y subiéndose agilmente a una escalera para operar en el cuadro de los timbres.

Y poco después los timbres funcionaban...

\* \* \*

Gabi se dirigió a las oficinas de Goro al salir de casa de Cristina. Pero fué a ellas decidido a ocultarle a su amigo y jefe la verdad, porque temía que Goro pudiera ser un temible rival si llegaba a conocer a aquella criatura bella, atrayente, simpática, encantadora, a la que él había descubierto y hasta la que había llegado gracias a su ingenio y a su audacia.

Estaba decidido a no decir nada, a hacer pasar con excusas a Goro y a no hablarle de que ya había descubierto al dueño actual de la misteriosa casa por la que Goro se había encaprichado.

Al entrar en la oficina, Gabi tuvo una palabra para cada una de las chicas que allí trabajaban y que le miraron



somriéndole, con esa sonrisa de franca camaradería que suele establecerse entre los que trabajan en una misma oficina.

—¡Hola, peque, mejor estarías en el colegio que ante esa máquina! — dijo a una rubita de diez y seis a diez y ocho años, dándole al mismo tiempo un tirón de pelo.

—Toma, chiquilla, son de café y leche—dijo a otra, dándole un puñado de caramelo.

—Y para ti, doña Underwood, para que no te enfades, ahí va uno rubio—gritó, tirando al aire un cigarrillo que la aludida pescó al vuelo contestando con una risotada fresca.

—No sé por qué las mujeres, por la mañana, están más bonitas que nunca —añadió, al pasar frente a una morena de grandes ojos y boca jugosa.

Así llegó hasta la puerta del despacho de Goro y desapareció por ella, seguido de la simpatía y de las miradas de todas aquellas mocitas a las que se les hacía el trabajo más leve por la gran simpatía de Gabi.

También tuvo unas palabras amables para el simpático botones que le abrió la puerta del despacho del patrón.

—¡Hola! ¿Qué hay de eso?—preguntó Goro, viendo entrar al que él llamaba "su mano derecha".

—Nada, chico, mal asunto—replicó Gabi, poniendo cara preocupada.

—¿Malo?

—Damos en hueso... no hay nada a hacer.

—¿Y ese conde de Sancidrián?—inquirió Goro.

—No existe—contestó con inusitada parquedad Gabino.

—¿Cómo que no existe?

—No es conde... es condesa...

—¿Y vive aquí?

—Pues ahí está... no vive aquí... vive en Hungría—mintió Gabi—. Su padre era español, pero se fué a Budapest hace muchos años... ahora ha muerto y la hija conserva la casa como una reliquia. No necesita el dinero y no quiere vender. Todo esto me lo ha dicho el administrador. Nada, un hueso... un hueso—afirmó Gabino, queriendo desengañar por completo a su amigo.

—Hay que hablar directamente con esa mujer.

—No está mal... ¿Un viajecito a Hungría me vendría de perlas?

—No tanto... no tanto... no hay que llegar a ese extremo. Un aviso a mi agente y pronto estará todo resuelto, verás...

—No te precipites—intervino Gabi, asustado ante la posibilidad de que pudiera descubrirse su engaño—. porque según me ha dicho el administrador, creo que ella no está en Hungría. Además, para consolarte, te diré que la casa no vale nada; está destatificada, vieja, incluso es pequeña para lo que

tú quieres... Me parece lo más conveniente que no pienses más en ella.

—¿Es que has visto la casa? ¿Cómo no me has avisado?—preguntó Goro, que comenzaba a no ver claro en todo aquel asunto.

Gabi, dándose cuenta de que había corrido demasiado, añadió:

—No me dió tiempo a avisarte. Peor qué por milagro al administrador cinco minutos antes de marcharse de Madrid. No sé qué asunto tenía que resolver en... en Cuenca.

—¿Y no te dijo el administrador si esa señora piensa venir o no por aquí? Al menos para dar órdenes y que esa reliquia... no se convierta en un montón de ruinas algún día...

Gabino eludía mal las preguntas, se enfascaba cada vez más en réplicas absurdas y tanto llegó a mentir y a enmarañar aquella madoja, que Goro sospechó que su amigo le estaba jugando alguna treta y se propuso descubrirla.

—Nos veremos más tarde en el bar. Esperaremos a que el administrador regrese de Cuenca. Yo no me apeo de mi idea: la casa ha de ser mía—afirmó Goro, despidiendo a Gabino.

Gabi se quedó preocupado. No quería confiar a Goro los asuntos de Cristina, porque Goro era hombre mujeriego, elegante, distinguido, buen conocedor del género femenino, y además un cazadotes peligroso. Y Gabino no que-

ría que Goro conociera a Cristina, porque él, inconscientemente, se había enamorado de la encantadora propietaria de la misteriosa casa y no quería enfrentarse con un rival tan temido como su amigo y jefe Gregorio Fernández de Soto.

Y Gabi se acordó de su hermano. Alvaro era el hombre indicado para ocuparse de toda la parte administrativa que afectaba a los asuntos de Cristina mientras él se ocuparía de la parte sentimental. Sería acaso la primera vez que los dos hermanos se complementarían y se completarían: el materialismo de Alvaro y el idealismo de Gabi. ¡Magnífica combinación para ofrecérsela a la joven condesa de Sancidrián!

Llevando a cabo con aquella rapidez que era su norma la idea que acababa de asaltarle, Gabi fué al despacho de Alvaro para hablarle del asunto.

Pero Alvaro recibió fríamente la idea. No le interesaba ocuparse de negocios que estaban lejanos. Hungría quedaba muy apartada de España y era un mal asunto tenerse que entender por correspondencia con los representantes de Cristina en aquel país. No le interesaba. Serían asuntos que le darían muchas preocupaciones y muy pocas ganancias. Además, las mujeres no servían para tratar de negocios y eso de tener que entenderse con la condesa de Sancidrián no tentaba a Alvaro.

Gabi salió decepcionado del despa-

cho de su hermano. Había creído hallar mejor acogida a su idea. Pensó que le convencería y entonces se lo hubiera llevado con él al bar donde tenía que encontrarse con Cristina. Les hubiera presentado y, entre copa y copa, hubieran podido charlar de negocios.

—Si te decides—le dijo antes de salir—, ve a buscarnos al bar. Yo estaré allí con Cristina hasta las ocho.

Alvaro se encogió de hombros.

Gabi fué a buscar a Cristina, de la que se había erigido en cicerone y en introductor en sociedad, y se la llevó al bar, espantizado todavía de que su hermano cambiara de opinión. Desagradable ver que ya estaba sentado en la barra, junto a un cliente y amigo, Gregorio Fernández de Soto, al que saludó levemente para que Cristina no se diera cuenta del saludo, no le hiciera preguntas y no se viera obligado a presentarlos.

Se sentaron frente a la mesa que les tenían reservada. Gabi pidió unas bebidas y habló largamente a Cristina de cuantos entraban o salían del bar, sin hacer ni una sola vez mención de Goro y procurando desviar la vista de Cristina hacia otros lugares hablándole de personas que estaban en dirección totalmente opuesta a la barra. Tampoco hizo mención de Anxelia que, con Berta, como todas las tardes, estaba esperando a Gabi.

Cuando ya le hubo hablado de todo

y de todos, menos de los que no le interesaba hablar, consultó su reloj y dijo:

—Ya no puede tardar en venir—refiriéndose a su hermano.

—Me encanta conocer a Alvaro en este plan—dijo Cristina, que ya hablaba del mayor de los Casa Medina como si le hubiera conocido de toda la vida. —Cuanto más importantes son los asuntos financieros que hay que tratar, mejor es hablarlos en ambiente frívolo, porque así les resta aridez.

—Tienes razón; es lo que yo le digo siempre a Alvaro. Pero él se empeña en no salir de su oficina. ¡Cuanto más fácilmente se aclaran las ideas y se resuelven los problemas entre sorbito y sorbito! —afirmó Gabi, apurando su copa.

—¿Le has contado algo de mis cosas?—preguntó Cristina, que trataba a Gabi con entera confianza, pues él había sabido captársela desde el primer día.

—Así... por encima...

—Mejor... prefiero que me conozca antes de orientarme.

—Alvaro vale mucho, es muy inteligente y tiene una visión muy clara de las cosas. Estoy seguro de que te orientará bien.

En aquel momento vinieron a avisar a Gabino que su hermano le llamaba por teléfono.

—Con tu permiso—dijo levantándose y marchando hacia la cabina.

Cristina dejó vagar su mirada serena por todo el local; se fué fijando en todo el mundo, mirando todas las caras que le eran perfectamente desconocidas, hasta que, de pronto, se detuvo con una sonrisa simpática: acababa de descubrir a Iván, un diplomático húngaro que estaba sentado a la barra al lado de Goro. Se saludaron con una inclinación. A Cristina le dió gusto encontrar-se con una cara conocida. Y siguió mirando con la curiosidad de saber si encontraría a alguien más en aquel Madrid en donde había nacido y en el que se sentía tan forastera.

—¿Quién es esa señora a la que has saludado?—preguntó Goro a su amigo.  
—¿Es una compatriota?

—Tuya, si anaso—contestó Iván—. Su padre era español y su madre húngara. Es la condesa de Sancidrián.

Dió Goro un brinco en el asiento al oír el nombre:

—¿La condesa de Sancidrián? ¿Sería mucho pedirte que nos acercáramos a saludarla y que me la presentaras?

—Lo haré con gusto—replicó Iván, adelantándose, seguido de Goro, hacia el lugar donde estaba Cristina.

Les vió llegar la muchacha con una sonrisa y, tendiendo la mano a Iván, le dijo:

—No sabía que estuvieras aquí.

—Hacen ya tres meses que llegué—

contestó Iván, estrechando la breve y finísima mano de la muchacha.

—¿Y qué te parece mi tierra?

—¡Encantadora!... Ya la conocía por referencias... y hasta tenía en ella a algunos amigos... Este, por ejemplo, que me permite presentarte: Gregorio Fernández de Soto... la condesa de Sancidrián.

Se saludaron cortésmente.

—¿Se conocían ya?—preguntó Cristina.

—Sí, de Budapest. Voy con frecuencia allí, porque tengo varios negocios que me reclaman de tiempo en tiempo.

Llegó Gabino en aquel momento, después de una breve escena de celos de Amelia, y se quedó sorprendido al encontrar a Cristina hablando con Gregorio; desagradablemente sorprendido.

—¿Os conocéis?—preguntó Cristina, sorprendida a su vez al ver que Gabino saludaba amistosamente a los dos.

—No existe en Madrid ser humano que no conozca a Gabino—replicó Iván.

—Sin exagerar—comentó Gabino, queriendo quitar importancia a la cosa.

—¿Y todos los que le conocen abusan de él?—afirmó Goro con ironía.

Gabino recogió la ironía y replicó con indiferente elegancia:

—Me precia de ser amigo tuyo y nunca has abusado de mi amistad.

—A propósito—dijo Goro, como si se le ocurriera de pronto la idea—.



Quería preguntarte qué ha sido de aquel amigo nuestro... de aquel que se fué a Cuenca...

—¡Ah, sí!—replicó Gabi sin cortarse lo más mínimo—. Pues dice que aquello es precioso y que no vuelve atado.

—No importa... Para nuestro asunto ya no hace falta... Las cosas se resuelven solas si uno da tiempo al tiempo—afirmó Goro fingiendo una gran indiferencia, pero procurando que cada palabra fuera como un alfilerazo dado a Gabino.

—En los negocios suele eso acontecer con frecuencia—replicó Gabi en el mismo tono.

—¿Tienen ustedes negocios juntos?—inquirió Cristina.

—No es eso exactamente—corrigió Gabi—. Yo trabajo a las órdenes de Gregorio: él es el patrón, ¡el burgués!—explicó en tono festivo.

\*Goro se despidió:

—Si se queda usted en Madrid espero que nos veremos con frecuencia—dijo a Cristina.

—Encantada—contestó ésta—. Y dirigiéndose a Itzan, le dijo:—Te avisaré en cuanto tenga arreglada la casa. ¿Siempre sigues con tu hidge?

—Ya sabes que es mi pasión. ¡Adiós, Cristina!

—¡Adiós!

—¡Ah!—exclamó Goro, al despedir-

se de Gabi—. Del asunto ese... ¿saben cuál?

—¿El de Cuenca?—preguntó Gabino con su gracejo habitual.

—El mismo... ¡Déjalo correr, que yo lo llevaré personalmente!

Se alejaron los dos amigos y quedaron solos de nuevo Cristina y Gabi.

—¿Qué te quería tu hermano?—preguntó ella, que sentía curiosidad por conocer a aquel que parecía querer huir de ella.

—Pues la pesadez, hija... No sé qué papeles por despachar... Total, que le dije dónde íbamos a cenar y él se reunirá con nosotros en el restaurante.

—No me gusta...—dijo Cristina moviendo la cabeza disgustada—. Llegaría a la elección de platos, como si fuera el "Maître"... No, no es iniciar elegantemente una amistad... Propongo otro plan: ¿Vamos a recogerle?

—¿Cómo?

—Pasamos por su oficina y le obligamos a venirse con nosotros. ¿No te parece?

—Sí... bien... Cien que preferirías un rato de charla conmigo... tomar el aperitivo...—murmuró Gabi desilusionado al observar el poco interés que demostraba Cristina hacia él.

—¡Bah, tú y yo tenemos tiempo sobrado de charlar! Y el aperitivo te aseguro que no lo necesito, pues tengo un apetito feroz.

Gabi bajó la cabeza y obedeció a

aquella mujer que se había hecho dueña en absoluto de su voluntad y de su albedrío.

\* \* \*

Cristina y Gabi entraron en el despacho de Alvaro que alzó la cabeza sorprendido sin comprender quién pudiera llegar a aquellas horas a interrumpir su trabajo.

—Hemos decidido venir a darle a usted la lata—dijo Cristina al entrar, sin darle tiempo a reaccionar ni a decir palabra.

—Y suponemos que nuestra decisión será muy de tu agrado—añadió Gabi con irónico acento, divertidísimo al ver la expresión de mal humor de Alvaro.

—Desde luego... ¿Cristina Sancedrián?—preguntó, acercándose a la muchacha y saludándola respetuosamente.

—La misma que viste y calza... ¿Y tú, Alvaro, no es cierta? Según tu hermano, el más infatigable de los trabajadores. Y debe tener razón—añadió revolviendo confusamente todas las cartas y papeles que Alvaro tenía sobre la mesa—. ¡Cuánto papelote, Dios mío!... ¿Y pensabas contestar hoy mismo toda esa correspondencia?

—Total... o casi total... Hay asuntos muy urgentes que no tienen demora.

—Pues hijo, si llegamos a esperarte, ¡ni a los puertos llegas!—rió Cristina—. Y dirigiéndose a Gabi, añadió:—¿Ves?

¡Si no veníamos, meando plantón nos esperaba!

Alvaro dulcificó la expresión ante aquella chiquilla revoltosa, simpática, decidida, que todo lo curioseaba y que imponía su voluntad con tan firme dulzura que no era posible resistirla, y se excusó por su falta de galantería, afirmando que el trabajo que tenía era muy importante, que no pudo dejarlo, que por eso no había ido al bar, pero que estaba decidido a acompañar a Cristina donde ella quisiera.

—¿No ves cómo yo tenía razón? ¿No ves cómo he convencido a tu hermano?

—dijo Cristina palmoteando con alegría y tarareando una canción muy en boga.

Alvaro le hizo coro, perdiendo aquella rígida seriedad que siempre tenía, y así, cogidos los dos del brazo, cantando como dos chiquillos y marcando con el paso el ritmo de la canción, salieron los dos del despacho seguidos de Gabi que no acertaba a explicarse el rápido cambio dado por su hermano.

Pasaron una velada agradabilísima. Salvo todo Cristina y Alvaro que charlaron largamente de todo, olvidados un poco de Gabi que les miraba y les oía con una expresión de estupor, ya que por primera vez en la vida descubría a un Alvaro que era capaz de reír y de charlar largamente con una mujer.



\*\*\*

Pasaron los días. Gabino, el incansable Gabino, el amigo de sus amigos, el que acudía a remediar todas las necesidades de los demás y a solucionar todos sus conflictos, el que resolvía cuantas cuestiones se le planteaban, se encontraba ahora absorbido por completo por Cristina que, naturalmente, como todos los amigos de Gabi, había encargado al infatigable cuantos asuntos tenía que resolver en el arreglo y cuidado de su casa tantos años abandonada.

La casa de Cristina era un verdadero almacén de muebles y de objetos en movimiento. Todo andaba en danza. Nunca tenía nada a su gusto. Cambiaba un mismo objeto veinte veces de lugar. Lo miraba todo desde todos los puntos de vista y no quedaba satisfecha hasta encontrarlo en perfecta consonancia con su gusto, la estética que ella se había ideado y con el ambiente que quería dar a cada una de las amplias y señoriales habitaciones de aquel enorme caserón de sus padres.

Gabino la ayudaba en todo y cumplía todas sus órdenes, porque se había convertido en un perrillo fiel, en un corderito dócil a su ama y no se hu-

biera atrevido nunca a contradecirla ni a discutir ninguno de sus mandatos.

Aquel día Cristina, después de haber subido y bajado veinte veces de un piso a otro, después de haber recorrido todas las estancias dando órdenes a todos los obreros que trabajaban afanosamente para dejarlo todo ultimado, se dejó caer en un sofá y miró a Gabino que hacia rato estaba liado con una lámpara eléctrica que se le resistía y a la que no lograba encontrar el truco de hacerla funcionar bien.

—La pantallita se las trae—dijo, secándose el sudor y viendo cómo María preparaba el té que cada tarde tomaban Cristina y él cuando terminaban su tarea.

—No te metas con mi lámpara, que es un verdadero amor—dijo Cristina.

—Por lo menos es original.

—No, hijito, que es copiada... La vi en el despacho de tu hermano.

—Tienes buena memoria—dijo Gabi, contrariada, porque no le gustaba recordar aquella noche en que Cristina dedicó a Alvaru todas sus atenciones.

—Cuando me gusta una cosa no la olvido fácilmente. ¿No acabas? ¿No vienes a tomar el té?

—Espera... grácias la luz... así: luminotecnia—dijo Gabino enfocándola con la suave luz de la pantalla. Y añadió, mirándola amorosamente:

—Date un poco de cola, mujer, para

que parecías todavía más bonita de lo que en realidad eres...

—¡Bah, hoy no hace falta!... ¡No ha de verme nadie!—replicó Cristina sin darse cuenta del daño que sus palabras hacían a Gabi.

—Tienes razón... a nadie...—comentó éste con tristeza—. Y se quedó mirándola largamente con una extraña expresión de melancolía.

—¿Qué miras?—preguntó Cristina, extrañada de la persistencia de aquella mirada.

—Nada...—replicó Gabi reaccionando y, sacudiendo ideas enojosas, cambió de expresión, miró en torno suyo con cara complacida, y dijo en aquel tono jovial que daba siempre a sus conversaciones y que, en aquellos últimos tiempos, olvidaba a veces: —Pensaba que en pocas semanas nos hemos portado... ¡Todo está a punto!... ¿Estás contenta?

—¿Lo preguntas de veras? ¿Crees que pueda estar contenta en este desierto?—replicó Cristina mirando en torno suyo con rara melancolía—. Nada hay más triste que la casa propia, sin vida, sin gente, sin alegría, sin... ¡Una casa vacía es como un cuerpo sin alma!

—¡Eche usted fruses!—rió Gabi queriendo echar a broma la conversación, pues notaba que iba a ponerse triste de veras.

—Hablo en serio—afirmó Cristina.

—Pues por mí, si quieres, vámonos a Budapest... Creo que aquello está de cabarets que chuta—replicó Gabino con su aire frívolo, de hombre que en nada se fija y en nada se posa.

—Nunca he vivido en Budapest... Vivíamos en el campo, en un enorme caserón entre castillo y granja... Teníamos muchos animales domésticos y unos perrones enormes que eran mis mejores amigos. Por las tardes todos los campesinos se reunían en la gran cocina de la casa de labranza y contaban sus historias, las tradiciones de su región, las leyendas de sus antepasados... Papá y yo hacíamos grandes cabalgatas por los bosques, en nuestros caballos favoritos... Luego venían los vecinos de los contornos y practicábamos todos los deportes... Por la noche, cuando nos quedábamos solos después de la cena, papá me hablaba de España y me hacía soñar, soñar largamente, pensando en esta tierra bendita... Y ahora, ¿comprendes?... esto me parece como un nicho muy grande, muy grande, en el que flota mi cadáver... ¡Nunca me había sentido tan sola como ahora!—suspiró Cristina que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¡Nunca tan sola!—repitió como un eco Gabino. Y pensó que él tampoco, nunca, había sentido tan palpitante como en aquel momento la nulidad de su existencia, puesto que ni siquiera servía para hacer compañía a aquella cris-



—¿Bonita? ¿Lo dices porque no me ves?



—La felicidad duró poca para Sancidrión.



Alvaro besó a su madre en la frente...



Dió Gabina un brinco en la cama





... contempló con sumo deleite a la bella desconocida...



—No sé por qué las mujeres, por la mañana, están más bonitas que nunca.



... eso te demuestra que tú eres ya tan mío, tan mío, que no cuentas  
para este caso.



—Cristina, ya nunca he tenido un amor...



—No me hagas caso; Estoy contenta, feliz...



En aquel trabajo le sorprendió su madre...



—Tú eres el niño, el niño que necesita los mimos de su madre...



Más infeliz que el mismo Gabino era Cristina.





—¿De modo que porque Alvaro te "castiga" yo he de pagar el pata?



Gobino se había entrevistado poco antes con Gorlo...



Cuando, junto con su cómplice Marta, les vió marchar...



—Amelia, que vengo a hacer las paces.

tura a la que amaba con toda su alma.

Y se quedó en un largo silencio, un silencio pesado y doloroso del que no lograba salir.

—¡Y a ti, además, te ha dado por callar esta tarde! ¡Cómo has cambiado! —dijo Cristina con la completa inconsciencia del daño que hacía—. ¡Te agradecería tanto que volvieras a ser "el hombre de las alfombras"!...

—Es que... —murmuró Gabi, que sentía que no tenía ideas en la cabeza, que se había quedado como vacío, que algo muy hondo y muy triste había arruinado por completo su yo moral.

—Vamos a ver si la música nos anima un poco —dijo Cristina, dando marcha a la gramola. Y dándose cuenta de que sus palabras habían herido la susceptibilidad de Gabi, añadió:

—Y a mí no me hagas escenas... ¿oyes? He dicho *sola* deliberadamente; aunque tú me acompañes estoy sola... ¡es!... y deberías agradecermelo, porque eso te demuestra que tú eres ya tan mío, tan mío, que no cuentas para este caso.

—Gracias, Cristina —dijo Gabi sintiendo, como si volviera de muerte a vida.

La música sonaba exótica a los oídos de Gabino. Cristina escuchaba con la cabeza apoyada en el respaldo del sofá, los ojos entornados, la mirada perdida, añorando tierras lejanas, recuerdos idios para siempre...

—¿Música de allá? —pregantó Gabi. Cristina replicó con un gesto.

—Cristina —susurró en un suspiro el muchacho—, yo nunca he tenido un amor...

—Eso suena al primer verso de una romanza... Está pidiendo música... Y tateó, hurlona y compasiva al mismo tiempo: "Nunca he tenido un amor..."

—También pudiera ser la primera frase de una declaración —insinuó Gabino, que se sentía con fuerza para llegar hasta donde él quería.

—No —cortó Cristina, tajante, incorporándose prestamente.

—¿Por qué?

—Primero, porque no es verdad... y después, porque, afortunadamente, el romanticismo no te va...

—¿Y si yo te dijera que...?

—No, Gabino —replicó rápida Cristina, antes de que el joven hubiera podido terminar la frase—. Sé formal... y no pierdas el tiempo.

—Cristina —imploró Gabino, que no quería entender el tono con que eran pronunciadas las palabras de Cristina.

—¡Se acabó el disco! —exclamó ésta, queriendo a toda costa acabar con la conversación iniciada—. ¿Quieres hacer el favor de parar la gramola?

—Como quieras, lo que tú digas —murmuró Gabino.

Sumiso, triste, obediente, avergonzado de su fracaso, Gabino se dispuso a cum-

plir la orden, mientras murmuraba, queriendo dar son de broma a lo que era un alarido de su alma:

—¡Y dicen que la música amansa a las fieras!... ¡sí... sí!... ¡Maldito instrumento!

Soltó Cristina una fresca risotada.

—Menos mal si, por lo menos, he conseguido hacerte reír — dijo Gabi, sonriendo a su vez, porque no quería dar el espectáculo de su dolor a Cristina.

—Y que te aseguro no era cosa fácil. Estaba de un humor pésimo... Pero ven acá, hombre, siéntate a mi lado y escúchame, a ver si tú y yo nos entendemos...

Cristina tomó una mano de Gabi, le obligó a sentarse a su lado y comenzó a decirle en tono confidencial:

—En aquel caserón de la Puzla, allá, en el corazón mismo de la ensolada Hungría, donde yo he pasado veinte años de mi vida, al lado de mi padre, éste, enfermo ya, sintiendo sin duda que el fin se aproximaba y que me iba a dejar sola, me dijo un día: "Nena, abre mucho los ojos y frena el corazón... que aquéllos te harán ver y éste te puede traicionar... Busca un hombre de voluntad recia, o renuncia a vivir... Yo me voy a marchar pronto, muy pronto y para siempre... y te dejaré sola, en medio de ruinas... Ahora comprendo, cuando ya no puedo remediarlo, que me he portado muy mal

contigo, nenita querida... Quise ahogarme en el mar de mi dolor, y me olvidé de ti. Te voy a dejar sola... y arruinada... Busca un hombre de voluntad firme que te ayude a salir de la confusión en que yo te dejo..." ¿Comprendes, Gabino, comprendes las palabras de mi padre?

—Sí, Cristina... ahora que... ruinas como la tuya las quisiera yo para ir tirando—replicó Gabi, mirando la riqueza que en torno suyo les rodeaba por todas partes.

—Pocos días después de esta conversación, murió papá—continuó Cristina con los ojos empañados por la tristeza del doloroso recuerdo—. Y yo me vine a España en busca del hombre de voluntad firme que él me aconsejó...

—...y que no encuentras en mí—concluyó Gabino dando a su acento el tono más jovial que pudo. Y cómicamente, para quitar importancia a lo que para él era el más triste de los fracasos, añadió, haciendo una profunda reverencia:

—Señora condesa, Dios guarde a usted muchos años... Creo que estoy, como don Jaso, en el caso de presentar mi dimisión.

—¡Y yo en el caso de no aceptarla!... ¿Pues no faltaba más! ¿Qué iba a ser de mí si tú me dejabas? Tú tienes que aguantarme y obedecerme. ¿Qué te has creído? ¿Que un amigo como tú se encuentra todos los días?... No, no, tú te quedas a mi lado y me ayudarás a ha-



cer revivir esta casa... Daré una fiesta, una gran fiesta a la que invitaremos a toda Madrid, a eso "todo Madrid" que forma tu mundo y que ha de formar el mío. Tú me aconsejarás... ¿A quién invito?

—Prepara la fiesta y lo iremos pensando—contestó Gabi vagamente.

—Por de pronto vas a traerme al huerto de tu hermano.

—Le invitaré en tu nombre... "Traerlo" es barina de otro costal.

—Deja, le invitaré yo misma, no me haces falta para este asunto, porque si él no quiere venir, iré yo misma a arrastrarle de su oficina, como el otro día, y haré esto todas las veces que se me antoje. Tú me traerás a Fernández Soto, ya verás, ya verás cómo me voy a divertir.

—¿Pero qué te propones?

—¡Vivir!—replicó Cristina con brusquedad, sin mirarle, casi con un grito de salvaje rebelión.

Y dándose cuenta de que su tono hacía daño a Gabino, dulcificó la expresión y añadió:

—No me propongo otra cosa que abrir mi casa a la sociedad... Pero tú estás hoy que todo se te antoja huéspedes... Si la dichosa mozquita húngara no te hubiera atentado, ya habríamos herba a esta hora la lista de los invitados entre los dos. Pero no quiero forzarte. La haremos mañana. ¡Bastante has trabajado estos días, mi buen

Gabi! ¡Si eres un amor! ¡Un sol, un verdadero sol!—decía Cristina, mirándole con aquellos ojos lirios que se le metían en el alma y la arañaban con sus chispazos.

—Si tú quieres podemos hacer hoy mismo esa lista—dijo Gabino, vencido por la coquetería de aquella mujercita que le volvía loco.

—No, no, hoy no; estás cansado—dijo Cristina dejándose arrastrar por Gabi la mano que le había abandonado—. Mañana, mañana... pero sobre todo no olvides de poner en la lista a tu amigo Goro...

Como si le hubiera picado un áspid, Gabi soltó aquella mano que tan dulce sensación le producía tener entre las suyas y se dirigió sin decir palabra a la puerta, decidido a salir sin despedirse.

Cristina se acercó a un velador, tomó un cigarrillo, lo encendió con calma, y sin mirar a Gabino, dijo:

—Gabi, es inútil que cuando llegues a casa me llames por teléfono pidiéndome perdón por esa inculcable chiquillada... estás perdonado de antemano y te repito lo que antes te he dicho: ¡eres un amor, un verdadero sol!

Gabi intentó decir algo, pero no pudo, no tenía palabras para contestar. Sentía un deseo muy hondo de romper en llanto, pero se contuvo: era un hombre y no podía mostrar su debilidad. Vió a Cristina acercarse a la gramofona, poner un nuevo disco y, mientras se

naba la música llena de nostalgias de los cantos populares de la Puzza húngara, se dejaba caer en un sillón y soñaba, soñaba viendo deshacerse en el aire las volutas de humo de su cigarrillo que iba consumiéndose entre sus dedos.

Gabi salió desatinado. En el pasillo encontró a Marta y deteniéndola, le preguntó.

—Diga usted, Marta... ¿Y en Hungría, cuando suena esa música, qué hace la gente?

—Nada, señor—replicó la secretaria de Cristina, extrañada de la pregunta.

—¿Cómo nada?... ¿Y los enamorados?

—Los enamorados, en Hungría como en todo el mundo, no necesitan música...—replicó, dando un hondo suspiro.

—¿No?...

—No... para eso están enamorados... Es una profesión complicadísima esa del enamorado, señor de Medina, no es para aficionados... ¿sabe?

Gabino no comprendió a Marta. Hizo un gesto vago y salió a la calle para huir de aquella música que despertaba en su corazón demasiados tumultos y excesivos deseos...

\* \* \*

Cristina volvió a su casa aquel día muy satisfecha. Había ido a visitar a Alvaro en su propio despacho, en el lu-

gar único donde podía encontrarle y donde podría hablarle algunas palabras, pues Alvaro no concurría jamás a ninguno de los lugares de diversión a los que iba Cristina desde su llegada a Madrid.

Decidida a que Alvaro asistiera a su fiesta, sin querer confesarse a sí misma que aquella fiesta, en el fondo, estaba únicamente organizada para él, Cristina había optado por el procedimiento más rápido para convencer a aquel hurón, y había ido personalmente a invitarle arrancándole la promesa formal de que iría a la gran fiesta que ella daba con motivo de inaugurar su casa y de abrir sus salones a la sociedad madrileña.

Alvaro sentía ya una inclinación manifiesta hacia Cristina y, aprovechando aquella visita, se propuso revelarle su inclinación y saber lo que ella opinaba, pero Cristina rehuyó con extremada coquetería el hablar de ello.

El criado que abrió la puerta a Cristina al regresar ésta a su casa, le dijo que había un rato la estaba esperando en el salón don Gregorio Fernández de Soto.

Allí se dirigió Cristina con la sonrisa en los labios, acogedora y correcta, como la más encantadora y perfecta de las amas de casa.

Goya se adelantó a ella al verla entrar, la saludó respetuoso y correcto y le dijo al inclinarse ante ella:

—Quizá he sido inoportuno esperándola.

—Nada de eso... encantada... Precisamente encargué a Gabino que...—dijo Cristina, y sin dejarle terminar la frase, Goyo replicó:

—Sí, ya me lo ha dicho y por lo mismo estoy aquí... en primer lugar para agradecerle su invitación, y luego, para que disponga en todo de mí, si puedo serle útil.

—¿Util? — preguntó Cristina, sorprendida, pues ignoraba que Gabino había provocado aquella visita de Goyo informando a éste que ella quería vender su finca de Hungría... para dar ocasión a que Cristina viera la parte material del financiero.

—Sí... útil... Según me dijo Gabino, insinuándolo con aquella gran delicadeza que lo caracteriza, que acaso sus asuntos coincidieran con los míos...—dijo Goyo, sin atreverse a entrar de lleno en el tema que le interesaba.

—Mis asuntos me parecen muy mezquinos para que puedan interesarle a usted, el gran financiero...

—Para el verdadero financiero nunca hay asunto pequeño—replicó Goyo prontamente—. Aparto que, desde luego, sus asuntos me interesan muy mucho.

—¿Como curiosidad únicamente?—inquirió Cristina, sonriendo.

—No es mera curiosidad, me lo aseguro... Creo que Gabino le habló a us-

ted ya de mi interés por esta casa—añadió Goyo, planteando abiertamente la cuestión.

—¡Ah, se trataba de usted!—exclamó Cristina con asombro—. De algo me habló, es cierto, pero no me dijo que era usted el que estaba interesado en comprarla... Sin duda le habrá dicho igualmente que yo no quiero venderla.

—¿Y si le hiciera una doble proposición?—interrogó Goyo—. ¿Y si le comprara al mismo tiempo su finca de Hungría y esta casa?... No, no me conteste ahora: ahora me diría que no rotundamente. Reflexione usted mi proposición, pésela, medítela... y aun cuando por el momento no le interese, no eche al olvido lo que acabo de decirle y si algún día usted cambia de opinión acuérdesse de mí... Y créame, si hubiera sabido que era usted la dueña de esta casa, antes que hablar de negocios hubiera querido ser su amigo; sea usted indulgente, olvide al hombre de negocios que ha venido y atreduje la mano del amigo que se marcha...

—¿Se va usted ya?—preguntó Cristina, sin intentar detenerle, alargándole la mano sin renor.

—Sí, Cristina... Como hoy, fatalmente, pesaría sobre nosotros la conversación que acabamos de sostener, prefiero retirarme. A sus pies, Cristina, y gracias... Soy su incondicional amigo.

Cristina le vio alejarse y se dijo a sí misma que aquel hombre de negocios

era, al mismo tiempo, un gran hombre de mundo y que había que guardarse de él porque pudiera resultar peligrosa aquella amalgama.

\* \* \*

Pasaron los días y llegó el de la gran fiesta.

En casa de los de Medina, doña Dolores, sentada en su rinconcito predilecto, trabajaba en una labor de punto mientras la imaginación divagaba libremente hacia otras épocas y otros horizontes, cuando vino a interrumpirla en sus recuerdos su hijo mayor que, besándola en la frente, le preguntó:

—¿Cómo estás tan sola, mamá? ¿Qué haces... ése?—añadió, aludiendo despectivamente a Gabi.

No tuvo que contestar la madre, porque Gabi entraba en aquel momento á medio vestir, y renegando las palabras de Alvaro replicó en aquel tono de asbrosa burla que exasperaba al mayor:

—Ese... que me figuro que es éste, tiene mucho que hacer esta noche... Nos está esperando Cristina.

—¿Cristina?—preguntó Alvaro, haciéndose el sorprendido.

—Sí, Cristina... ¿Qué te extraña?... ¿No es hoy jueves?

—¡Se me había olvidado!

—Vamos, no digas—replicó incrédulo Gabi, mientras hacía el ruido de su corbata—. Y no te duermas... date pei-

sa, si quieres llegar a tiempo. Y Cristina me encargó te dijera que fueras muy puntual... Luego, si tardas, se enfada conmigo.

—No te preocupes, pues no pienso ir—contestó Alvaro en tono desdefioso, entregándose de hombros.

—¿Lo sabe ella ya?

—No... precisamente iba a decirte que me excusaras... ¿Tienes con ella tan buena amistad!—exclamó Alvaro con marcada ironía.

—Tanta como ella contigo—puntualizó Gabino, dolido—. Hipocresías, no, Alvaro... que ella misma fué en persona a invitarte a la fiesta y tú aceptaste encantado.

—En principio era más fácil que negarme rotundamente.

—Pues ahora te excusas tú como puedas... Yo no quiero hacer de intermedio.

La madre, que había seguido trabajando, como si no escuchara la conversación de sus hijos, intervino entonces en ella y, alzando los ojos hasta clavarlos en los de su hijo mayor, le preguntó:

—¿No vas a ir, Alvaro?

—Tengo trabajo, mamá.

—Te advierto que, de verdad, ella cuenta contigo—insistió Gabino muy seriamente.

—Y contigo... ya lo sé... y con Goyo, y con... ¡vete a saber! ¡Con todo Madrid! Esa niña, porque tiene mucho di-



pero, creer que nadie puede contradecir-  
la... ¡Y yo no soy de los que pescan a  
rio revuelto!—exclamó Alvaro con-  
tendiendo a duras penas su ira.

—¡Claro, eso ya lo sabemos!—replicó Gabi, volviendo a su ironía.— ¡Tú estás por encima de todo! ¡Tú estás siempre en las nubes!... Ahora que, a lo mejor, resbalas y te das el tortazo... ¡Piénsalo bien! Conozco a Cristina y no es ese el camino...

—No... el camino es echarle a sus pies y servirle de alfombra—dijo Alvaro, despectivo.

—Que es siempre menos expuesto a quiebras que mi sistema tuyo antipático de mortificar a la gente para que se fijen en ti.

Aunque las palabras de Gabino eran duras, su voz y su acento no denotaban el menor síntoma de irritación y siguió reprochando a su hermano su conducta hacia Cristina por la que él sentía una amistad singularísima.

—¡Singularísima!... ¡Ya, ya!... Y podrías hablar en plural... por si acaso... y como complemento de esos cables que tú mismo tiendes a diario a Goyo, a tu gran amigo, con el pretexto de los aperitivos y de los cócteles y de ir a descubrir tascas pintorescas por los suburbios de Madrid. ¡Eres un niño, Gabino, un niño... y creo que te hago mucho favor diciéndote esto!

Gabino no perdió su inalterable ecuanimidad.

—Allá tú—replicó enrogiéndose de hombros—. Si no quieres ir, no vayas... ¡Por mí... puente de plata!

Los dos hermanos siguieron discutiendo mucho tiempo. Alvaro trató a Cristina de mujer desorbitada e incómoda; Gabino concedió que era un poco caprichosa y que estaba acostumbrada a todos los mimos, pero que a pesar de todo la encontraba encantadora; Alvaro dijo que era insostenible; Gabino afirmó que era deliriosa...

Cuando más enfascada estaba la discusión entre los dos muchachos, que no lograban ponerse de acuerdo, intervino la madre, conciliadora. Con palabras suaves y enérgicas al mismo tiempo hizo ver a sus hijos la falta que suponía tratar con tanta ligereza a una muchacha como Cristina y les hizo comprender que siempre debe hablarse con respeto de las mujeres, porque la mujer es una flor delicada, es como la amapola, que el menor soplo de aire la apasta y marchita para siempre.

Y luego dijo a Alvaro que, si había prometido asistir a la fiesta, no deber de caballero, de hombre de mundo, de persona educada, era ir, como prometiera, y que no valían excusas tardías ante un compromiso de aquel género.

Impresionado por las palabras de dulce reproche de su madre, Alvaro accedió a asistir a aquella fiesta a la que había renunciado, pero advirtió enér-

gico, duro, costándole trabajo tener que darse por vencido:

—Bien, iré, pero iré tarde.

—Como tú quieras—replicó Gabi, conciliador—. Estoy dispuesto a esperar todo el tiempo que tú desees.

—No necesito que me esperes—gritó Arturo, exasperado—. Y le dices a Cristina que iré... ¿cuando pueda!

Sin añadir palabra salió de la habitación dando un portazo. Gabi miró a su madre y los dos sonrieron pensando en lo mismo. Gabi hizo unas carantoñas a su madre, y con un gesto malicioso le dijo en voz bajita:

—Todo eso de las preocupaciones y del trabajo... ¡cuélmo puro!

—Ya lo sé... ¡Si estaba descañando! —afirmó la madre, comprensiva.

—Claro que sí... lo que pasa es que le da rabia que ella no acabe de decirse...

—Ni más ni menos —corroboró la buena señora, como si las palabras de su hijo fueran eco de sus propios pensamientos.

—En realidad no es eso tampoco—añadió Gabi, que estaba en vena confidencial. Y haciendo un esfuerzo explicó aquello que desde hacía tiempo constituía su más íntima satisfacción:

—Lo que hay es que... que Cristina está más por mí que por él.

Alzó los ojos la madre sorprendida por aquellas palabras inesperadas, y

preguntó, mirando a su hijo fijamente:

—¿Qué dices?

—Lo que oyes, mamá... ¿Te extraña?... ¡Pero si es mi propio sueño hecho realidad!... ¿Te acuerdas?... Como hoy, estaba yo trae este mismo balcón mirando a la casa misteriosa, a la casa abandonada que tanto me atraía... Y te conté lo que yo soñaba... lo que era mi deseo: que un día se abrieran las ventanas de par en par y asomara el rostro de una mujer bonita, de una chiquilla graciosa, de una muchachita a la que yo pudiera querer... ¡Y llegó Cristina!...

—¡Pero, hijo!... ¿te has vuelto loco? —preguntó la madre.

—¿Yo, mamá?... ¿Por qué?

—Porque no te das cuenta de que es Alvaro el que ama a esa mujer... y de que Alvaro es digno de ella. Alvaro es un hombre serio, un hombre de verdad, un hombre que da a las cosas la importancia que tienen... Tú no eres más que un chiquillo loco y travieso... Soñaste en una mujercita que asomara a esas ventanas... y crees que la llegada de Cristina es la realización de tu sueño... Pero tú no amas a Cristina como la ama Alvaro... ¿Crees que tu hermano podría consolarte, como tú, sin pestañear, de un descabro así?

—No sé, mamá, no había pensado en ella... Yo no sabía que... —balbuceó Gabi, que comenzaba a ver claro el por

qué de la extraña conducta de su hermano.

—¿No te habías dado cuenta de que Alvaro está enamorado de Cristina?

—Quizá sí, mamá... Pero creo que yo tengo el mismo derecho a la felicidad que él... Yo también soy capaz de tomar las cosas trascendentales de la vida... Yo también soy capaz de amar, mamá... —murmuró Gabi con un acento conmovido, serio, impresionante.

Miróle la madre con esa gran comprensión y esa honda ternura que hay en los ojos de las madres.

—Tienes razón —replicó tristemente—. Estás en tu derecho... ¡Pero es un dolor tan grande que se cree entre vosotros dos esa rivalidad!

Gabi quedó anonadado. Comprendió lo que su madre quería decirle en aquellas palabras; pero no tenía valor para aceptar el sacrificio.

Un gran silencio se hizo entre ellos. La madre reflexionaba hondamente; Gabi esperaba que su madre volviera a hablar, pero viendo que no salía de su mutismo se acercó a ella e intentando besarla, le dijo:

—Mamá...

Rechazóle dulcemente la madre:

—No, déjame ahora... Anda, ve a esa fiesta... Mañana hablaremos con calma... Ahora no puedo... Sería injusta y no quiero serlo con ninguno de los dos... Hasta mañana, hijo mío.

—Mamá, perdóname... no quiero que

sufras... Me gustaría poder tranquilizarte, mamá, poder decirte que... ¡Pero no puedo, no puedo! ¡No está en mi mano! ¡Y lo que más me duele, mamá, es pensar que tú no sufres por mí, en quien no crees, sino por él, por él que es todo un hombre... y que sabe dar a las cosas la importancia que tienen!

Había tanta amargura en las palabras de Gabi que su madre susurró, dominada por la emoción:

—Vuelvo a decirte que...

—No me digas nada ahora, mamá... No vuelvas a decirme que estoy en mi derecho... porque para mí, tener un derecho es caer en la tentación de cederlo a otro... y no puedo, esta vez, no puedo, mamá, te lo juro... ¡no puedo!... ¡Perdóname!... Hasta mañana.

Y con la voz rota por un sollozo que se abogó en su garganta y los ojos nublados por unas lágrimas que no llegaron a caer, Gabi se alejó del lado de su madre en la que siempre, hasta aquel día, había hallado consuelo y a la que hacía sufrir, bien a su pesar, rebelándose por primera vez a su voluntad de madre, siempre acatada.

\* \* \*

El "todo Madrid" de las grandes solemnidades había acudido a casa de la joven condesa de Sancidrián el día en que inauguraba su residencia y abría sus salones a la sociedad madrileña.

Resplandecían de luz y de color las grandes salas iluminadas por las arañas de cristal que se reflejaban en los grandes espejos multiplicando hasta lo infinito las imágenes. Se hallaba en el salón grande; se servía el bufete en el comedor que daba sobre el jardín; se jugaba al bridge en un saloncito recoleto apartado del bullicio tempestuoso de la juventud; se charlaba en las terrazas y se deambulaba por todos partes.

Gregorio Fernández de Soto, acicalado, pulcro, intachable, paseaba de un salón a otro sin arrastrar en ninguno, contemplándole todo con sus ojos de financiero y dando a cada cosa su valor material, en espera de poder algún día pasar a ser, fuera como fuese, propietario del inmueble y de todo su contenido... incluso de la condesita, si era preciso pasar por ello para apropiarse de todo.

Gabino Medina, segundón de la casa de los marqueses de Casa Medina, el bullicioso, el incansable, el dicharachero, el amigo de todos, el incondicional, el que siempre estaba presto a hacer un favor, el de las actividades locas, el que todo lo facilitaba y todo lo resolvía, estaba hoy apartado, mudo, aborotado, como un niño tímido que debuta en sociedad sin que nadie le presente y no se atreve a dirigirse a nadie por temor a ser arrojado de los salones como un intruso.

Gabino Medina esperaba, y esperaba tembloroso, como estudiante en día de exámenes. Gabino Medina esperaba poder pegar la hebra con la condesita, porque había ido allí decidido a resolver aquel día, sin más demora, aquel problema que le inquietaba el ánimo y le tenía desasossegado y fuera de su centro habitual.

Cristina no pareció darse cuenta de la presencia de Gabi. Gabi era el acógi-go de cada día, de todas las horas, al que se puede olvidar impunemente en días de gran solemnidad, como aquél, y pasaba de un salón a otro, atendiendo a sus invitados con aquella gracia y aquella simpatía naturales que la hacían adorable a los ojos de todos.

En una de aquellas infatigables idas y venidas, acertó a pasar junto a Gabi, quien, viéndola ansiosa, mirando a todos lados como si buscara algo o a alguien, le preguntó, aprovechando la ocasión que se le ofrecía de hablar con ella:

—¿Quieres algo, Cristina?

—¿Qué voy a querer? —preguntó ella a su vez, procurando disimular su inquietud.

—Me pareció que buscabas a alguien...

—A nadie — contestó ella, secamente, cortando las palabras.

Gabi se turbó. Nunca había sentido la timidez que sentía ahora ante Cristina. Era una sensación nueva para él.



Torpedente, queriendo romper el hielo que le cortaba las palabras, añadió:

—Sí, a alguien, y yo sé a quién... No te extrañe su tardanza. Ya vendrá. Ya te he dicho que tardaría, que tenía no sé qué cosas urgentes que despachar. ¡Estaba contrariadísimo!... Pero vendrá, te asegura que vendrá.

—O no vendrá... aspiró ella, dominada por el tono sincero de Gabi. Pero, dominándose de nuevo, porque no quería traslucir sus sentimientos, añadió, despectiva:

—¡Allá él, si no viene! Al fin y a la postre, ya me anticipó que no le gustaba ni el juego ni el baile. ¡Realmente, venir en ese plan no es venir a divertirme!

—Yo creo que verte y hablar contigo siempre es un plan delicioso—comentó Gabino.

—Eres muy galante, Gabi... Pero es que a mí hay que conocerme mucho para soportarme un poco. Y Alvaro, con tantas cavilaciones, no ha tenido tiempo de conocerme...

—Cristina, por Dios, no es eso, te aseguro que Alvaro...

\* \* \*

Cristina, huyendo del barullo de la fiesta, dominada por una sola idea, se había ido a refugiar en el hueco de uno de los balcones y atisbó la calle inquietamente, en espera de aquel que

no llegaba y por el que había dado una fiesta que resultaba cosa y aburrida sin su presencia.

Una vez varonil la sacó de su abstracción:

—No parece que estés muy satisfecha, Cristina, y me extraña, porque la fiesta es brillantísima—le dijo Gregorio Fernández Soto, que aprovechaba la circunstancia de ver completamente sola a la joven condesa para acercarse a ella y reafirmar una amistad que había sido iniciada con no muy buenos auspicios.

—¿Por qué dices esto? —preguntó Cristina volviendo a él su rostro, en el que había una expresión melancólica.

—Porque estás... no sé... estás...

—¿Cómo estoy?

—Ausente...

—Quizá—replicó Cristina, realmente ausente, sin darse cuenta de que se confiaba a Goro, a aquel Goro que era para ella casi desconocido, pero aún, que era para ella un enemigo temible.

Pero volviendo en sí rápida, Cristina se alejó de la soledad del balcón y se acercó al gran piano de cola que había al otro extremo del salón, diciendo a Goro, que caminaba a su lado:

—No me hagas caso. Estoy contenta, feliz... Acaso tenga un poco de nostalgia... Me encuentro entre amigos por primera vez, después de haberme quedado sola con la muerte de mi padre. Esta fiesta me hace recordar otras fies-

tas, otras gentes, otros países, que aunque no fueran mejores, eran las fiestas de la infancia, los amigos de mi juventud, mi país adoptivo... y allí estaba papá, ¿comprendes?

—Comprendo — replicó Goro sin gran convencimiento, y añadió, dando a entender que no acababa de creer en aquella explicación—: Eeo, si no hay otro motivo más hondo a tu nostalgia...

—¿Otro motivo?... No, ninguna... como no sea mi carácter, este carácter demasiado impulsivo y demasiado vehemente. Me ilusionan las cosas mientras las preparo... Cuando llegan, me cansan en seguida.

—Porque te sientes capaz de realizar otras mejores. Lo fácil no puede satisfacerte, a ti que eres tan inteligente, tan original...

—Baja el nivel... soy mucho más vulgar que todo eso—aseguró Cristina—. Me canso sin motivo... Me han mimado demasiado y me hicieron la vida demasiado fácil. Menos mal que la misma vida me va educando poco a poco y que ya empiezo a saber de resignación.

—La resignación es una cosa antipática y triste y una prueba inequívoca de decadencia. La juventud no puede, no debe resignarse nunca... La vida es lucha, no resignación. La resignación se deja para la vejez, para los caducos, para los que ya nada pueden esperar ni nada pueden exigir de la vida.

A lo mejor, Cristina—siguió diciendo, bajando la voz, casi en un susurro, en un tono confidencial y emotivo—, a lo mejor, te estás acordando de un hombre grave, serio, puntilloso, altivo, difícil... acaso un poco romántico... No me refiero a ninguno concretamente, pero ten cuidado, esos hombres son de otro tiempo, de otras épocas... A la primera ocasión, un hombre así, te pone el yugo al cuello, te encierra en casa y tiene más celos que Otelo... Aquí, en España, abundan esos tipos... porque todavía hay moros entre nosotros. No, Cristina, no te dejes cegar por uno de esos hombres... da un paso más y salta la línea divisoria.

Cristina sonreía oyendo aquellas palabras y arrancaba distraíblemente unos suaves arpeggios al piano. Animado por la sonrisa y el mutismo de Cristina, Goro siguió diciendo:

—Los fuertes de hoy tienen otro dibujo y ven las cosas de otro modo. Los pies para andar; la voluntad para imponerla; el mundo para dominarlo... pero entre hombres y mujeres, ni celos, ni cortapisas, ni escenas... La vida es para gozarla.

Cristina arrancó un arpeggio sonoro al piano y se puso en pie violentamente.

—¿Qué te pasa? — preguntó Goro, extrañado de aquella súbita dureza.

—Nada. Acabó toda la confianza que me inspirabas— confesó Cristina sin ambages—. ¡Qué lástima! Te creí un

hombre decidido, que va a lo suyo, al dinero, a las tierras, a los negocios... y ahora resulta que también, como todos, hablas como un romántico... No hay amigos seguros—añadió, subrayando mucho aquellas palabras—. ¡Qué desilusión!

Gregorio no se inmutó. Se dió cuenta de que había dado un paso en falso, pero, hombre de prensa, sabía ganar y perder con elegancia y sonrió a las palabras de Cristina, sin contestar.

Algunos invitados se acercaban a ella, cortando así aquella conversación con muy buena oportunidad.

—Cristina, por Dios, nos has dejado con la miel en los labios—dijeron los que llegaban.

—¿Pues?...—inquirió la muchacha.

—Estábamos pendientes de tus melodías.

—¡Pero si ni me daba cuenta de lo que tocaba!—exclamó Cristina con ingenuidad.

—Te felicito, Goro—dijo una de las del grupo—. No te quejarás... inspirada en tus palabras, surgió el arte como por encanto... ¿Pero qué te decías para inspirarla así?

—Hijita... no sé... Ahora me doy cuenta de que he desaprovechado un momento único.

—La aclaración todavía agrava las cosas—dijo otro de los invitados, siguiendo la broma—. Ella que toca sin darse cuenta... él que no sabe lo que

dice... No me negaría que el desenlace está previsto. ¡Vivan los novios!—gritó el bromista, siendo coreado por todo el grupo con grandes muestras de júbilo.

—Oye, ¿me habré declarado sin darme cuenta?...—preguntó Goro a Cristina, con fugida preocupación.

—Cuando éstos lo dicen, verdad será—replicó la joven condesita poniéndose a tono con los bromistas y siguiendo aquella broma iniciada por sus invitados.

—Pues por mí... que así sea. ¡Yo no vuelvo la cara ni a eso! ¡Vivan los novios!—gritó Goro, dando la mano a la condesa.

La muchacha contestó a aquel grito alzando la mano que Goro le había tomado, pero de pronto su semblante cambió de expresión, se puso intensamente pálida y sus ojos se perdieron más allá de Goro, del grupo que los coreaba, del ámbito del salón en que se hallaban. Acababa de ver, destacándose con firmeza en el vano de una puerta iluminada a toda luz, la figura de Alvaro, que se había detenido sorprendido por la escena que no podía explicarse, que creía real, de cuya ficción no era posible que se diera cuenta.

Cristina, comprendiendo lo que pasaba por el ánimo de Alvaro, hizo un supremo esfuerzo para sobreponerse a su emoción y, dominándose, exclamó, fingiendo una gran alegría:

—¡Se impone el bar, para solemnizarlo! ¡Vamos, vamos todos a celebrarlo!...

La condesita quería desquitarse, con aquella farsa, de la descortesía de que Alvaro había hecho alarde llegando a más de mediada la fiesta; pero Alvaro, que no era hombre que soportase desplantes ni aguantase caprichos, dando media vuelta, salió precipitadamente del salón, dándose de manos a boca con su hermano Gabi.

—¿Dónde vas tan rápido? — le preguntó éste.

—A casa —contestó Alvaro con un humor de todos los demonios.

—¿Estás loco?

Alvaro, sin apartar la mirada del grupo donde estaba Cristina siendo el centro de todas las atenciones, replicó, siguiendo el curso de sus propios pensamientos:

—Mañana puedes decirle a mamá que estaba equivocada... Por algo no quería venir yo. ¡Bouito papel he hecho!

—Pero ¿qué ha pasado? —preguntó Gabino, que no comprendía nada de todo aquello.

—Déjame —replicó Alvaro con visible mal humor—. Tú sales mejor que yo lo que ha pasado... Te doy mi enhorabuena... Tus oficinas cerca de Goyo han tenido un éxito rotundo.

—¿Qué dices? ¿Supones que yo...?

—Claro... Con ellas a todas partes,

de día y de noche, a todas horas, metiéndoselo por los ojos.

—¿Yo? ¿Pero tú crees que...? ¡No pensarás que yo iba con ellos de carabina! —exclamó Gabi con viveza.

—No... ¡de algo peor! —afirmó sombriamente su hermano.

—¡Alvaro! —exclamó, dolido, Gabi, ante aquel duro reproche. Pero al mirar a su hermano, dulcificando la expresión, añadió—: ¡Estás loco!

—No lo creas —aseguró Alvaro con una calma y un desdén que dieron miedo a Gabi—. Estoy a la vuelta de todo. Pero, al fin y al cabo, ¿qué más me da? ¡Que os divirtáis!

—¿Así no te vas! —gritó Gabi, deteniendo el paso de su hermano, que intentaba marcharse—. Conmigo no finjas... ¡Necesito saber qué ha pasado!

—¿Quieres dejarme? —preguntó Alvaro, irritado.

—¿Te interesa de veras Cristina? —preguntó Gabi, mirando a lo más hondo de los ojos de Alvaro.

Bajó éste los párpados para ocultar la verdad de lo que pasaba por su alma, y murmuró:

—¿Para qué quieres saberlo? ¿Para contárselo a Goyo?

—¡Para saberlo yo! —gritó Gabino en un arranque de dolida sinceridad.

—¿Tú? ¡Ah!... ¿Pero es que tú...? —preguntó Alvaro, como si despertara de un sueño.



—Si... yo, yo... ¿te extraña? ¿No estoy en mi derecho?

—¡Claro!—exclamó Alvaro sin salir de su asombro—. ¡Claro que estás en tu derecho... como todos los demás!

—¿Entonces...? —murmuró Gabi, como buscando la aquiescencia de su hermano.

—Por mí... ¡a ella!—animó Alvaro, sin que Gabi se acordase a adivinar en sus palabras el despecho que le consumía.

—¿De veras?—preguntó, ilusionado.—¿No te importa? ¡Porque si tú...!

—Nada, nada, no me importa nada. ¡A medirte con Goyo, Gabi!—exclamó Alvaro con profunda ironía—. ¡Y buena suerte, que falta te va a hacer!

Y mientras se precipitaba al hall, buscando la salida, murmuró, dolido:

—¡Pobre Gabi, qué ciego, qué ciego está!

Cristina, que no había perdido de vista ninguno de los movimientos de Alvaro, al ver que éste se disponía a marcharse decididamente, se adelantó a él dispuesta a no dejarle partir sin haber cambiado algunas palabras, y se hizo la encontradiza, fingiendo la más absoluta naturalidad.

—Buenas noches, Cristina—murmuró Alvaro, un poco desconcertado por lo inesperado del encuentro—. Mi enhorabuena, aunque tardía... Toda preciso, y todos, acabo de verlo, con una alegría simpatiquísima...

—Que yo les agradezco mucho. Y tú, ¿qué tal estás?

—Apenadísimo por llegar a estas horas, pero...

—Ni hablar de eso. Nunca es tarde cuando la dicha es buena... Ya me ha dicho Gabi las muchas ocupaciones que tienes.

—No quieras saber... Y, sintiéndolo mucho, tengo que marcharme ahora mismo—afirmó Alvaro, que estaba violentísimo.

—¿Te vas?—preguntó ella con amargura. Pero, dominándose de nuevo, preguntó, con fingida indiferencia:—Lo comprendo, estos últimos días has trabajado tanto, que debes estar rendido...

—¿Por qué dices eso?

—Porque no has tenido ni un minuto para marcar mi teléfono y reírme, como solías hacer antes.

—¡Ah! ¿Y te interesaba que te llamase, aunque fuera para reírte?—preguntó Alvaro complacido.

—Puesto que te hablo de ello...—confesó, sincera, Cristina—. Nuestros pagilotos telefónicos diarios tenían su encanto.

—No fué culpa mía que se interrumpieran.

—Mia tampoco—replicó prontamente Cristina.

—Cuestión de opiniones—afirmó Alvaro, volviendo a su escepticismo.

—Eso será — admitió la muchacha humildemente.

Al correr de la discusión, iba olvidando Alvaro la prisa que tenía en marcharse. Cristina, con habilidad muy femenina, le había llevado al terreno que ella quería y Alvaro, sin darse cuenta de ello, mostraba un interés hacia la condesita a través de los reproches más o menos encubiertos que le iba dirigiendo y que ponían de manifiesto el despecho que sentía por verse dominado por una voluntad más fuerte que la suya.

—No te he llamado estas últimas semanas — explicaba él — porque sabía que no estabas nunca en casa, que salías a todas horas, acompañada de... de tus amigos. Salías de noche. Bailabas en las bañetas... Bebías en el bar... Visitabas todos los lugares de moda...

—¿Te ha contado todo eso Galino? — preguntó Cristina, halagada al ver que Alvaro había seguido todos sus pasos.

—Lo comenta todo Madrid — afirmó Alvaro.

—Pues mira, me alegro que lo sepas. Eso quiere decir que hasta a tu oficina llegan los ecos de Madrid... Me alegro, así sabrás que quiero tomar y fijar mis posiciones, que a mí nadie me encierra en casa, que detesto los celos y que sé que en España todavía hay moros...

—¿Y a mucha honra? — exclamó Al-

varo, dándose por aludido—. Como que España, gracias a Dios, es Africa. Africa, después de ganarse, peleando por los demás, su recompensa propia: la Cruz...

—No está mal. Ahora que, todos moros, eso tampoco... Hay españoles que aun de otra manera...

—Goyo, por ejemplo — replicó Alvaro, recogiendo la alusión.

—Por ejemplo, Goyo... un hombre de hoy — afirmó Cristina, intimamente gozosa por haber despertado los celos en el corazón de Alvaro.

—De mañana, diría yo, porque Goyo es de los que van muy lejos, de los que se pierden de vista... Pero, tienes razón: Goyo no será de los que te encierran en casa; todo lo contrario... más fácil es que te eche de ella.

Cristina sonrió, segura de que el hilo estaba ya roto, y dijo con naturalidad, cogiendo el brazo de Alvaro:

—¿Pero nos vamos a pasar aquí toda la noche? Acompañame; tomaremos una copa siquiera.

—No; ¿para qué? — replicó Alvaro seriamente, no queriendo dejarse dominar por aquella airena que le rodeaba de todas las tentaciones—. Me encuentro un poco al margen de vuestra alegría... Tu mundo no es mi mundo...

—Está bien. Comprendo... no congeniamos — replicó Cristina, vencida.

—Buenas noches, Cristina — saludó

Alvaro, queriendo dar por terminada aquella conversación.

Y, sin más explicaciones, volvió la espalda y caminó hacia la puerta. La muchacha le llamó con un grito angustioso:

—¡Alvaro!

Volvió éste sobre sus pasos, pero arrepentida Cristina de aquel arranque de espontaneidad, dijo, dando a sus palabras el tono más indiferente que pudo:

—Así, si necesito algún consejo sobre mis asuntos... sobre mis negocios; ¿tú crees que Goyo...?

—Sí, sí, Goyo te aconsejará... Y el mejor que nadie. A mí na me interesan tus negocios; salen fuera de la esfera de los míos... Para Goyo, en cambio, entre el montón de sus asuntos, los tuyos no son más que una bicoen... ¡Adiós!—dijo Alvaro, dando a aquel "adiós" un tono de despedida definitiva.

Cristina, triste, desalentada, vencida, se dirigió a un saloncito lejano del bullicio de la fiesta, a un saloncito solitario, iluminado tenuemente por la luz de una lámpara baja de gran pantalla malva que daba tonalidades penumbrosas a la habitación. Creyéndose sola, se dejó caer en un sillón, reclinó la cabeza en el respaldo y dió un hondo suspiro.

—Cristina... —susurró una voz desde el ángulo opuesto de la habitación.

—¿Tú? —murmuró Cristina, asombrada, al ver a Gabino ante ella, des-

pués de haber éste encendido toda la luz central del salón—. Pero... ¿por qué tanta luz?

—Porque te he visto llegar y...

—Venía precisamente a hundirme en la penumbra... No quiero que nadie me vea... Estoy emocionada, triste, nerviosa... No sé qué me pasa. Acaso el recuerdo de tiempos pasados, de otras fiestas, de...

—Sí, comprendo...

—Comparas, evocas... se te hace un nudo en la garganta y te entran unas ganas desesperadas de llorar...

Cristina tenía, realmente, unas ganas desesperadas de llorar, pero no por recuerdos de antaño, sino por la brusca despedida de Alvaro. Después de haber guardado un buen espacio de tiempo el más absoluto silencio, dijo, como si continuara en voz alta el hilo de sus pensamientos:

—No comprendo tu empeño en hacerme conocer a tu hermano. Desde el primer momento le puse en un pedestal, como si fuera un ídolo...

—Tú fuiste la que me pidió que te lo presentara—replicó Gabi, extrañado por aquella brusca arremetida.

—Tú te empeñaste en que cenáramos juntos.

—Porque tú te empeñaste en ir a sorprenderle en su propio despacho.

—Confiesa que has sido tú, siempre tú, quien se ha empeñado en meterme a Alvaro por los ojos. Total, ¿para qué? Para que él se enfadosara y se en-

castillara cada día más en su torre de marfil.

Gabino escuchó en silencio aquellas palabras y, creyendo hallar en ellas un deje de indiferencia hacia su hermano, pensó llegado el momento de hablar por su cuenta y riesgo, se acercó al conmutador de la luz y apagó de nuevo la luz central.

—¿Por qué tan a oscuras?—preguntó Cristina.

Sentóse Gabi a su lado y susurró dulcemente:

—Porque tenía razón... había demasiada luz... Da gusto estar así, en la penumbra: parece que las ideas se aclaran, que todo invita a la confianza, que se hace todo más íntimo, más impalpable, más ideal... ¿Te acuerdas, Cristina? ¿Recuerdas el día que nos conocimos? Yo no fui para ti, al primer instante, más que "el hombre de las alfombras"... y, sin embargo, desde aquel instante, el mundo entero cambió para mí. Mi madre, mi hermano, mis amigos, la gente, no existían ya... ¡En el mundo sólo estabas tú, y junto a ti, yo, yo para preverlo todo, para solucionarlo todo, para quitarte todas las molestias, todas las preocupaciones, todas las disgustos... toda, menos para hacerle el juego a otro... ¿Cómo puedes creer que te presenté a Alvaro para molestarte por los ojos? Te presenté a Alvaro como te presenté a Goyo y a tantísimos otros...

—Perdona, Gabi, no es eso...—quiso interrumpir Cristina.

Pero Gabi había cogido el hilo de la palabra y no se lo dejaba tomar con facilidad:

—Cristina, esta noche, el que habla soy yo... yo sólo... Gabino, Gabino Medina, que habla por cuenta propia... ¡por encima de todos! Escúchame, Cristina... No tengo a nadie en el mundo... Para mi madre no cuento... soy nada más que el "peque", el que no sirve para nada, sirviendo para todo, el que no se toma la vida en serio... Mi hermano...

—Calla— interrumpió Cristina, sin prestar atención a sus palabras y escuchando las voces que venían de los salones.

—¡La novia!... ¡La novia!—gritaban los invitados, echando en falta a Cristina.

—Me llaman— dijo Cristina, levantándose—. Tengo que ir al salón; luego hablaremos.

—¡No, no, espera!—suplicó Gabino.

Pero Cristina, sin notar el tono desesperado del muchacho, quiso avanzar hacia la puerta. Gabino se interpuso ante ella, cortándole el paso.

—¿Gabino, tu actitud es absurda!—exclamó la muchacha, no pudiendo contenerse—. ¿A qué viene esa nbería?

—¿Te quiero, Cristina, te quiero con toda mi alma!—exclamó Gabino en un arranque de sinceridad.



—¡Tú!—dijo sorprendida, echándose a reír, la joven condesa—. ¡Tú! ¡No!—añadió, como si acabara de escuchar la aberración mayor del universo.

A Gabino se le handió el mundo a sus pies. Cerró los ojos para reconcentrarse en sí mismo. El tono de las palabras de Cristina le había herido hondamente, cruelmente, pero encontró fuerzas para sonreír y replicar en su tono festivo:

—Me habré equivocado... Tarpe que es uno. Pues ya nada más, no tengo más que decirte. Vete con tus invitados...

—Sin que te enfades, Gabi... Yo no pierdo tu amistad por una nihería... ¿Cómo iba yo a creer que...? Claro que acaso yo misma he tenido la culpa, dejando que vinieras siempre conmigo, pidiéndote consejo para todo, siguiendo tus gustos y tus orientaciones, aceptando tu ayuda, tu compañía, tus favores...

—¿Vas a arrepentirte ahora?— interrumpió él con dolor.

—Claro que sí, si ello te ha dado motivo para creer que... No, Gabino, yo siento por ti una buena amistad, pero... lo siento...

—Calla, calla... Vete...—suplicó Gabino cubriéndose el rostro con las manos.

Cristina comprendió que era piadoso dejar al muchacho solo en aquel momento de dolor y salió del saloncito sin añadir ni una palabra.

\*\*\*

Con el alma rota llegó Gabi a su casa, se encerró en su habitación y, tomando una resolución enérgica, comenzó a preparar su equipaje, recogiendo sus queridos objetos con los que se ingeniaba para arreglarlo todo, exactamente igual como hacía él con sus amigos. No podía seguir viviendo allí, frente a la casa de la condesita, expuesto a verla a todas horas, a encontrarla en todas partes, después de la conversación que con ella acababa de sostener.

En aquel trabajo le sorprendió su madre, que le preguntó sorprendida:

—¿Te marchas?

—Sí, mamá, prisas de Goyo... un viaje de negocios urgentísimo— replicó Gabi, sin atreverse a mirar a su madre.

—¿Será largo el viaje?—volvió a preguntar la madre, que comprendió al instante que algo grave ocurría a su pequeño,

—Tal vez... seguramente... no sé...—replicó Gabi, contradiciéndose.

—La siento por Alvaro—dijo la madre, con marcada intención—. No puede sufrir a Goyo, su enemigo siempre y en todo, el odiándolo entre vosotros dos... porque, no le das vueltas... si Goyo te atiende y hace caso de ti, es por mortificar a tu hermano... Y ahora, si tú te marchas y les dejas a ellos dos frente a frente, más enemigos que nunca, disputándose a Cristina... ¿qué

suenderá? Alvaro lleva las de perder, porque no tiene carácter para saber vencer a una mujer como Cristina...

—Desde luego—replicó Gabino mordiendo el anzuelo que su madre, astutamente, le había tendido—. Esta noche se ha portado con ella como un cañalla.

—¡Ah!, ¿sí?

—Tú dirás... Ha llegado el último para marcharse el primero, estúpidamente... y, claro, como Cristina con quien se expansiona es conmigo...

—Te ha hecho pagar a ti la hombrada de tu hermanito—concluyó la madre, que leía en el corazón de su hijo con más claridad que en el suyo propio.

—Sí, mamá; indignada con Alvaro...

—Ha puesto a Gabino de patitas en la calle—dijo la madre, como si fuera ella la que pensara lo que Gabi iba a decir.

—No ha sido eso... Es que... me ha hablado en un tono... que le ha sido facilísimo Beggine al corazón—dijo Gabino, no queriendo confesar la verdad.

—Te ha llegado al corazón... para hacerte lo trizas, hijo mío—murmuró la madre con amargura—. Y ahora veo el por qué del viaje...

—El viaje es aparte, mamá... Son cosas de Goyo... Negocios.

—No; te vas para no volver a verla.

¿Tantas ilusiones te habías hecho? —le preguntó, mirándole con ternura.

—Esta vez, todas, mamá—fué la confesión dolorosa y sincera de Gabino—. Me voy para siempre... no sé dónde... lo más lejos posible. A ver si fuera de España me entienden mejor, o a ver si yo cambio de sexo. El que sirve a todos no obliga a ninguno. Aquí no intereso a nadie, no importo a ninguno. Nadie me quiere. La gente no es buena.

—Está bien, no discuto—afirmó la madre con serenidad, dirigiéndose a la puerta.

—¿Me dejas?—se dolió Gabi, creyendo que su madre le abandonaba.

—Voy yo también a preparar mi equipaje; y como tengo más cosas que llevar que tú, me he de dar prisa para no hacerte esperar.

—¿Cómo?... ¿Vendrías conmigo?—exclamó Gabi, sintiendo un golpeazo de felicidad en su corazón.

—¿Qué te habías creído? ¿Que no le interesas a nadie? ¿Que nadie te quiere? ¿Dónde has estado estas últimos meses, que tan olvidada me has tenido?—se dolió la madre, acariciando a Gabi como cuando era niño y le bastaban sus brazos para ser feliz.

—Mamá...

—¿Creías que mi predilecto era Alvaro? No; puesta a escoger, no te soltaba a ti, a mi pequeño... Por eso quería que fuera Alvaro el que se casara con Cristina... que fuera feliz con ella

y que tú siguieras a mi lado... para hacerme feliz a mí... Alvaro es el hombre, trabaja, vive para él, no le importan la casa ni la familia. Tú eres el niño, el niño que necesita los mimos de su madre, el niño al que acaso nadie comprenda, pero que va metido muy hondo, muy hondo en el corazón de esta pobre mujer... Gabi, hijo mío, para Alvaro deseo todos los bienes de la tierra, que triunfe donde vaya, no me importa perderle, si él es feliz... Las madres de los hombres sabemos que los perdemos en cuanto salen al mundo, porque el mundo es de ellos, porque los hombres lo hacen con su trabajo... Por eso ha de haber hombres, para que haya mundo... Pero también ha de haber "hijos", hijos hasta la muerte, hijos que no sean otra cosa que niños grandes, para que las madres no voláramos a acordarnos de que hemos sido mujeres y no se quede sin mujeres el mundo. Gabi, hijo mío, la vida es algo más que una pelea de hambrientos. Si eso fuera, ganarían siempre los pobres... los Goyos, porque a esos no les estorba el corazón. El cariño auténtico, como el de tu hermano, es humilde y ciego: dos cobardías. Por eso ha de haber una madre que sepa defenderlo.

Gabino acarició a su madre como cuando era niño de veras, y le preguntó:

—¿Tú quieres que Alvaro triunfe, verdad, mamá?

—Lo que yo quiero es que... nosotros no volvamos a separarnos; que tú y yo podamos trabajar juntos en lo nuestro, en lo más difícil y que no puede hacerse a solas... porque sin hijos y sin madres que la ablanden, llorando, se secaría la tierra, acabaría por no dar ruinas, ni un árbol... ¡No quedaría madre para hacer una cuna!

\*\*\*

Más infeliz que el mismo Gabino era Cristina, al día siguiente. Comprendió que había dado un rechalón al querer jugar con Alvaro, pero su amor propio le impedía confesárselo ni a sí misma. Con Marta, su simpática secretaria, trataba de justificar sus actos.

Ambas estaban en uno de los salones de la casa. Cristina, en bata, se desayunaba y daba rienda suelta a su mal humor. Marta, que la conocía muy bien, sabía a qué atenerse, y con esa franqueza que sólo se encuentra en los criados antiguos, que nos han medido de niños, cantaba las verdades a su señorita, sin importarle un ardite la acidez que tuvieran.

Cristina se esforzaba en el panegírico de Fernández Soto, sin citarle, y Marta se esforzaba en ir adivinando a través de aquellas cualidades, a Gabi-

no, primero, y, después, a Alvaro. Cristina se impacientó:

—Sabe usted perfectamente a quién me refiero: Fernández Soto. Con él no hay problemas... Aunque yo me olvidara de señalarlo al te... Se anticipa a todo: lo sirve azucarado. Para mi genio...

—Para su genio, un desastre—interrumpió Marta, que sabía perfectamente cuál era el genio de su señorita—, y para cualquiera que no se avenga a ser instrumento en manos de otro.

Signieron multitud de consejos de Marta, que, quieras que no, iban haciendo su efecto en Cristina, quien tuvo que reconocer que a Fernández Soto no le interesaba su mano, sino sus fincas y aquella casa.

Al oír aquella confesión, Marta se permitió algunas observaciones irónicas, no desprovistas de socarronería.

Cristina habló incluso de marcharse de viaje, "aunque fuese a la China".

—Siempre he tenido ganas de ir a la China—dijo Marta—. Unas horas para hacer el equipaje y, por mí, cuando la señora condesa disponga...

Cristina se enfurruñó y Marta optó por marcharse, empujando la mesita portátil con el servicio del desayuno. Cuando iba a salir, se detuvo al oír la voz de Cristina.

—¿Marta!

—¿Las maletas?—preguntó la secretaria, burlona.

—El teléfono... Vea usted.

Marta acudió al aparato, cuya timbre sonaba en apremiante llamada, y se puso al habla.

—Sí, señor, Marta... Aguarde un momento, señor... No sé si la señora condesa...—y volviéndose a Cristina, dijo quedamente—: Es el señor Medina.

A Cristina se le iluminó el semblante y se levantó rápida.

—¿Alvaro?—interrogó.

Marta hizo una mueca, que muy bien podía ser una sonrisa, y respondió:

—Don Gabino.

—Traiga, díjeme.

Cuando tuvo el auricular, habló a su vez.

—¡Hola! Dime, ¿Eres tú, Gabino?

Efectivamente, era Gabino quien hablaba desde la portería de la casa de Cristina.

—Yo mismo... nada...—contestó a las preguntas de ella—. Ganas de oír tu voz. Quitarme la mala impresión. Ayer las hermanitas Medina metimos el pezuzo, ¿no? ¿Me has perdonado? Eres un encanto. No, en casa, no. Estoy aquí, en la portería. No me atrevía... ¿De verdad? Pues encantado. Allá voy. Sí, hasta ahora.

Olvidado por completo de lo sucedido la noche anterior, subió gozoso las escaleras que conducían a las habitaciones de Cristina.

\*\*\*



Gran extrañeza tuvo Alvaro al recibir, aquella mañana, en su oficina, la visita de don Justo, a quien él no había llamado.

El buen administrador de Cristina aseguraba que Gabino, para él "el de las alfombras" y el que había arreglado los timbres, lo había citado en casa de Alvaro, de parte de este último. Sin embargo, y a pesar de lo extraño que Alvaro estaba por lo insólito del caso, pudo enterarse por don Justo de la proyectada venta de la casa de Cristina a Fernández Soto, que, además, compraría la finca de Hungría.

Don Justo envía que Alvaro le llamaba para hacerle a su vez oferta de compra, pero el hermano de Gabino aseguró que no había pasado ni mucho menos tal pensamiento por su imaginación.

En vista de ello, el administrador salió de la oficina murmurando frases de venganza para el que, según él, le había gastado la broma.

\* \* \*

Gabino se había entrevistado poco antes con Goyo para saber qué intenciones tenía con Cristina, y entre ironía e ironía, sabiéndose los dos adversarios en aquel asunto, se enteró de que estaba decidida la compra de las fincas de Cristina y de la hora de la

firma de las escrituras. Y del despacho de Goyo se dirigió Gabino a ver al administrador de Cristina, para mandarlo a ver a Alvaro, y luego se fué a telefonar a Cristina, con la que ahora se encontraba frente a frente.

La entrevista de Gabino con Cristina se realizaba en el tono cordial que siempre había presidido sus relaciones de buena amistad. El muchacho, que ahora pisaba terreno firme, se permitió hacer algunas alusiones a los sucesos de la víspera y reprochó a Cristina la dureza con que le había hablado la noche anterior.

Ella tuvo la franqueza de confesarle que Alvaro era el causante de los nervios de que había dado muestras.

—¡Bonita consecuencia!— se burló Gabino—. ¿De modo que porque Alvaro te "castiga" yo he de pagar el pato?

—¿Qué dices?— protestó Cristina—. Nada de eso... No hubo "castigo". sencillamente, que Alvaro se portó mal, muy mal...

Con ruda franqueza, Gabino expuso su opinión:

—A ti, lo que te pasa es que te gusta llevarnos a todos al refortero, y eso no lo va a Alvaro, que es un hombre de verdad.

—Alvaro es un fatuo, que sólo se preocupa de él y de su trabajo— manifestó a su vez Cristina.

—¿Qué sabes tú de Alvaro!... Como

de mí. Todavía no has comprendido de lo que soy capaz.

—¿No me lo digas, que me asusto!

Gabino se puso serio. Levantóse y avanzó unos pasos hacia Cristina.

—Sin tonterías, niña, que estoy hablando en serio. Para una vez que me levante lapidario, no lo eches a broma. Soy capaz de todo por una cosa buena, por un cariño auténtico. Soy capaz de echarme a un lado y dejar que me roce la felicidad y decirle, cuando se aleje de mí: "Que usted lo pase bien." Soy capaz de oponerme a tus caprichos y desbaratarle a Goyo sus maquinaciones.

—Te aconsejo que no te metas con él; puede más que tú.

—Ya lo veremos.

—Como te pille a placer...—rió ella.

—Descuida—tranquilizó él—. El primer tortazo, ¡yo!... Después, para eso tengo un hermanito.

—¿Ah!... Si pides ayuda...

—Para lo malo, riñas, golpes, zancadillas, ¿por qué no?... Para andar con el corazón en la mano, no necesito a nadie.

—¿Y a qué viene todo esto?

—Sencillamente, a que he decidido yo que "esta casa" no cuiga en manos de Goyo—y al decirlo, Gabino se irguió arrogante, con toda la arrogancia que le permitía su menguada estatura.

—¿Tú?...—se asombró Cristina.

—Servidorito—confirmó él con seriedad.

—¿Tienes otro comprador?

—Quizá—respondió enigmático.

—¿Sabes que se firma la venta esta tarde, a las siete?...—insistió la condesita.

—Lo sé. Y sólo voy a pedirte un favor: en igualdad de condiciones, pata mí.

—Desde luego—aprobó Cristina divertida—. Si llegas antes de las siete. No lo olvides: la oportunidad, a veces, lo es todo. Nada es más doloroso que llegar tarde... Nada que una mujer pueda perdonar menos—añadió con segunda intención.

\*\*\*

En cuanto hubo obtenido la palabra de Cristina de esperarle hasta el último momento, Gabino corrió a la oficina de Alvaro, con el fin de decidirse a la compra.

Alvaro, al principio, mostróse irreducible. Su amor propio herido, le hacía confesar un desinterés por los asuntos de Cristina, que estaba muy lejos de sentir.

Sus palabras, duras y tajantes, no intimidaron a Gabino, que estaba resuelto a hacerle triunfar, aun en contra de su voluntad. Reprochó a su hermano el fingimiento de que daba muestras y le

animó a confiar en él. Cuando llegó a la explicación del asunto principal que le había llevado a la oficina, Alvaro ya parecía dispuesto a escucharle.

—Vengo ahora de hablar con Cristina; en igualdad de condiciones, la finca es nuestra. Llegas, firmas, Goyo se confunda su proposición, sacas a Cristina del stalladero, renace la calma en vuestras corazonas y surge el amor.

—Y todo eso, ¿con qué dinero? —opuso Alvaro.

—Se encuentra en dos patadas, cuando se tiene un crédito como el tuyo.

Alvaro volvió a irritarse.

—Basta. ¿Quieres dejarme en paz?

Gabino, con toda rachaza, fué a sentarse en el sillón que ocupó Cristina la primera vez que fué a aquel despacho. Cuando se hubo acrollado en él a su gusto, empezó a hablar.

—Ni lo sueñes. En ninguna parte estaría más a gusto. ¡Menudo sillón!... ¿Recuerdas? En este mismo se sentó Cristina la primera vez que la viste... No me dirás que lo pasaste mal. "Puede empezar la función..."—dijo, recordando lo que entonces se había hablado—. No, primero la sífonía... ¡Mae-tro!...

Y se puso a tararear la misma canción que entonaron aquel día Cristina y Alvaro.

—¿Quieres callar?—gritó Alvaro, furioso.

Impertérrito, sin hacerle caso, Gabino continuó:

—Salidese juntitos... Os olvidasteis de mí. Y aunque cenamos los tres, yo no dije en toda la noche más que dos palabras: ostras y entrecot...

Alvaro estaba fuera de sí.

—¡Gabino!—volvió a gritar, amenazador.

Pero éste, en vez de acobardarse, se levantó con brusquedad y, encarándose con Alvaro, le espetó:

—¿La quieres?

Alvaro intentó contestar, pero no tuvo valor para negar y salió violentamente, cerrando la puerta no menos violentamente.

Gabino le vió marchar sonriente y en seguida llamó a Zabala, secretario de su hermano, al que ordenó que le mandase al botones.

Mientras hablaba con el secretario, iba escribiendo unos renglones.

—¿Ha visto salir a mi hermano?

—Ahora mismo, sí, señor.

—¿Se ha fijado usted en lo serio que iba?—siguió preguntando Gabino como distraído.

—Sí... me ha chocado.

—¿Algo horrible!... Es imprescindible que levantemos medio millón.

—¡Medio millón!—repitió el secretario con los ojos muy abiertos.

—O la cárcel para todos...—resumió Gabino, fúnebre.

Entró el botones en aquel momento, y Gabino le ordenó que fuese a llevar a su madre la carta que acababa de escribir.

Cuando el secretario y el botones iban a salir, advirtió:

—¡Ah!... que nadie moleste; poned el cartelito: "Cerrado hasta mañana", y atrancadme la puerta.

La carta para su madre decía lo siguiente:

*Entretén a Alvaro hasta que yo dé señales de vida. Si se ahurre, llévate al Retiro, pero que no aparezca por la oficina.*

*Besos de tu hijo.*

*Peque.*

\*\*\*

En una de las elegantes habitaciones de la casa de Cristina, un precioso reloj, colocado como adorno sobre uno de los muebles, marca las siete cuarenta y diez. Cristina, don Justo y Gabino asisten impacientes a la loca carrera de los minutos.

Los tres están nerviosos, aunque por diferentes motivos: Cristina quería ver por última vez si Alvaro sería capaz de ganar la partida a Goyo, por amor a ella; don Justo estaba impaciente por verse libre cuanto antes de quebraderos de cabeza; y en cuanto a Gabino, se jugaba todo cuanto era en aquella partida. Toda la tarde la había pasado

trabajando sin descanso, preparando el éxito de Alvaro, y por eso desesperaba al ver cómo pasaba el tiempo y aquél no comparcía.

Gabino no se daba punto de reposo. Su pasco incesante llegó a crispar los nervios de Cristina.

—¡Basta, por favor! Si estás nervioso, te aguantas.

—¿Quién? ¿Yo nervioso?... ¡Qué tontería!... Lo que es yo... A mí...

Y salió de la habitación. En el hall estaba Marta, tan impaciente y desconsolada del triunfo de Alvaro como el mismo Gabino.

—No viene, señor Medina... — dijo Marta.

—No viene, Marta, y no me expliques lo que ha podido pasar.

Marta quedó escuchando un ruido de motor que se oyó hacia el jardín.

—Calle... — rugió esperanzada.

Se apresuraron a mirar desde los cristales de un ventanal, para sufrir la desilusión de ver cómo bajaban de un magnífico coche Gregorio Fernández Soto y su notario.

Gabino y Marta cruzaron en mitad con gesto interrogante. Gabino, súbitamente, tuvo una idea luminosa.

—Venga—ordenó a Marta.

A todo correr marcharon al rincón de los timbres, cuyos cables empujó a desconectar Gabino apresuradamente.

Fuera. Goyo y el notario no acerta-



ban a explicarse la tardanza en salir a abrirlas.

Gabino volvió al salón donde estaba Cristina y puso en marcha la gramola.

—Un poco de ruido... Por lo menos nos distraerá—explicó Gabino.

Luego se puso a bailar y a tararear al son de la música, con cuyo pretexto podía acercarse al balcón y contemplar a Goyo y al notario pulsando el timbre. Pero éstos, cuando se desengañaron de que no se les abriría la puerta, por no haber nadie en la casa, sin duda, se dirigieron a la portería. Gabino adivinó sus propósitos y, sin vacilar, se acercó, haciendo pasos de baile, al lugar donde estaba colocado el teléfono. Cuando lo tuvo a su alcance, se sacó disimuladamente un cortaplumas y cortó el cable.

El disco había terminado y Gabino puso otro, bajo la mirada inquieta e irritada de Cristina.

—Me encanta esta melodía—dijo Gabino, cuando el nuevo disco entró en funciones.

—Y a mí—dijo Cristina, al tiempo que paraba en seco la gramola.

Ahora era Cristina la que daba muestras de un mayor nerviosismo. Dio unos pasos hacia el teléfono, pero al ir a cogerlo, se detuvo. Retorciéndose las manos, empezó a pasear sin alejarse del aparato.

Gabino no le quitaba ojo.

Por fin, Cristina se decidió a llamar, pero el muchacho se interpuso, decidido.

—¿Qué vas a hacer?

—Llamar a Goyo.

—¿No vale! —protestó Gabino—. Eso es jugar con ventaja... ¡Y no lo mereces!

Cristina dudó un instante, pero acabó por dejar el anular, por lo que Gabino no pudo contener un suspiro de alivio.

\* \* \*

Los esfuerzos de Gabino para dilatar la llegada de Goyo y el notario corrían peligro de resultar estériles.

Aquella situación no podía prolongarse mucho. Hacía esfuerzos inauditos para distraer a Cristina, vigilando, al mismo tiempo, para impedir la entrada de los que en aquella ocasión eran sus rivales.

Pero todo inútil; cansados Fernández Soto y el notario de tocar el timbre y de llamar por teléfono desde la portería de la casa, sin resultado, ya iban a retirarse, cuando el portero, con una ofiosidad con la que no contaba Gabino, se ofreció a pasar recado por la escalera de servicio.

Un criado penetró, pues, al poco, en el salón, a anunciar la tan esperada visita, en el momento en que Gabino hacía derroches de elocuencia para tra-

tar de convencer a Cristina de que Alvaro llegaría a tiempo.

—El señor Fernández Soto acaba de llegar—dijo el criado.

—La siento por ti, Gabi—se lamentó Cristina, después de ordenar al criado que condujese a los visitantes—. Ya ves que yo hice cuanto pude.

No pudo contestar Gabino, por la llegada de Goyo y su notario.

Fernández Soto empezó pidiendo perdón por aquellos minutos de retraso, imputables al no funcionamiento del timbre y a la constante comunicación del teléfono.

—No puede ser. Si nadie ha llamado—replicó Cristina.

—Te aseguro...—insistió Gregorio.

Gabino, para salvar la situación, intervino en el diálogo:

—Que lo dejarías mal puesto antes, cuando... voy a ver.

Tomó el auricular y marcó un número, colgó y volvió a descolgar, ocultando hábilmente el que el cordón estuviera roto.

—Claro... ¿Yes tú? Perfecto. ¿Llamamos a alguien?—propuso, para ganar tiempo.

—¿Para qué?—preguntó Cristina.

—No... para entretenernos un poco más—confesó ingenuamente.

Pero ya no había espera posible. Gregorio presentó el notario a Cristina y a renglón seguido se dispusieron a examinar la documentación para pro-

ceder a la firma de la escritura de venta.

Con el pretexto de que a él no le gustaban las cosas serias, Gabino salió de la habitación.

Marta le manifestó su condolencia por el fracaso.

—Yo no he podido hacer más—manifestó Gabino, desentazonado—. ¿Firmas ya?

—No, todavía no—explicó Marta—. Están leyendo la escritura.

Gabino, derrotado, perdida toda esperanza, fué a seguir su camino. De pronto, se detuvo, cambiando rápidamente de semblante. Otra vez se reflejaba en su rostro la más firme decisión.

Se acercó al balcón y divisó a su hermano que descendía de su coche.

Corrió a abrirle la puerta de la calle, sin esperar a que llamara.

—¿Llego tarde?—indagó Alvaro.

—Veremos... ¿Qué ha pasado?—quiso saber Gabino.

—Se necesitan más patadas de las que tú crees para levantar, en horas, una cantidad así.

—Pero ¿lo has arreglado?

—Totalmente—afirmó Alvaro.

Gabino le condujo a un rincón inmediato a la puerta del salón y le rogó que esperase.

Después ordenó a Marta que le acompañase otra vez donde estaban los aparatos de electricidad de la casa.

Precisamente cuando Cristina recogió de manos del notario la pluma para estampar la firma, se produjo un apagón general.

Cristina, ignorante de todo, salió a ver qué pasaba.

En el momento de salir al vestíbulo, Alvaro, que también ignoraba las maquinaciones de Gabino, exclamó:

—¿Qué pasa?

—¡Marta!— llamaba Cristina.

Gabino, que había vuelto al lado de su hermano, le dijo apresuradamente:

—¡Ahí la tienes, llévatela!— y empujó a Alvaro.

Cristina seguía llamando a la doncella.

—¡Marta!... Pero ¿no hay nadie?

—¡Yo, Cristina!— dijo entonces Alvaro, colocándose junto a ella.

—¡Alvaro!— exclamó gozosa.

—¡Sígueme!— ordenó él. Y, sin darle tiempo a reflexionar, la tomó por un brazo y salió con ella hacia la calle.

—Pero ¿dónde me llevas?— preguntó Cristina.

—A casa. Delante de mi madre firmará conmigo la escritura de venta en las mismas condiciones que te ofreció Goyo. Ya sé que he llegado tarde, pero esta vez, te juro que no ha sido culpa mía... Puedes perdonarme, por que, además, te quiero.

Va no resistió Cristina. Con una sonrisa de felicidad iluminándole el rostro, subió al coche, en tanto que decía:

—Si hubiera empezado por ahí... te habrías ahorcado todas las condiciones.

...

Cuando, junto con su cómplice Marta, les vio marchar, con el corazón inundado de una dicha inefable, Gabino volvió al salón, portador de un magnífico candelabro encendido.

—Pero ¿todavía estás aquí?— le preguntó Gregorio, escamado.

—Por si me necesitáis... Y, ya ves, una corazonada.

—¿Y Cristina?

—Me ha rogado que la excusara... Acaba de salir. Oportunísima, ha llegado una proposición mejor que la tuya.

Don Justo, que iba a encender un pitillo, soltó una exclamación al abrazarse con la cerilla que tenía en la mano.

—¿Estás loco?— gritó Goyo a Gabino.

—¿Yo? Eh, si acaso... Y Alvaro... ¡El amor, Goyo... de eso no entendemos nosotros!

Fernández Soto no se inmutó. Sabía perder y sabía igualmente a quién le debía aquella derrota. Tendió la mano a Gabino y le dijo:

—Enhorabuena; has ganado.

—No; he perdido, como tú...

Y, sin resentimiento alguno, se despidieron.

\*\*\*

Desde la cabina telefónica de un bar, comunicó Gabino a su madre el feliz resultado de su gestión.

—Mamá... ¿Todo bien? ¿Estás contenta?

—¡Figúrate!—contestó la madre—. ¡Gracias, hijo mío! Sí, yo sé lo que has hecho... Encantados, charlando sin parar... Claro, ni escritura, ni nada...

—De modo que, además, gratis... ¡Lo hay una suerte! Te avisaba por eso: no voy a cenar. Unos amigos... *a-mi-gos*... no puedo negarme, mamá. Otro día. Hoy no me echarán mucho de menos.

Gabino, después de escuchar las últimas recomendaciones de su madre, salió de la cabina y lo primero que vio fue a Amelia sentada ante una mesa.

Sin vacilar, se dirigió a ella, que le recibió en silencio, enojada y recelosa.

—Amelia, que vengo a hacer las paces...

—El que no te conozca, que te crea—replicó ella de mal talante.

—Quiero que me creas tú.

—Será difícil.

—Pues lo siento—lamentóse él—. Lo había combinado todo para cenar contigo.

Amelia abrió entonces los ojos, esperanzada.

—¿Habías en serio?

—Como siempre.

—¡No, por Dios, Gabino!—suplicó la muy escarmentada—. ¡Como siempre, no, que me veo cenando mano a mano con el camarero!

—Tranquilízate... ¡palabra! Hoy es nuestra noche. Nos vamos a correr el verdadero juergazo.

Efectivamente, ya de madrugada, la *divertida* pareja se hallaba una platicando ante la mesa de un café, tomando chocolate con churros. De lo que se divierten, da idea la conversación que sostienen.

Amelia es la que habla con voz compungida:

—Es que a tu lado siento una la necesidad de ser buena; te juro que a nadie le he contado mis penas...

—Lo creo, lo creo...—responde él.

—Pues, y cuando se puso enfermo el hermano, ¿te lo he contado? Tenía ya seis años...

—Me lo has contado, con toda seguridad... A las once y media, con la copa del coñac, después del café, empeñaste tus confidencias; tú tenías cuatro años y tu madre...

Ella prosigue:

—Mi madre, ya entonces me decía: "Lo principal, niña, es la educación y la crianza." Pero, ¿te aburro?

—No, hija mía. Un juergazo así no



lo esperaba. Sigue, si de aquí no nos sehan en todo el día...

Animada, Amelia, sigue en animada relación:

—Poco después, cuando, ya mayor,

me llevarán al convento de las Ursulinas, porque yo...

No hay duda de que el buenazo de Gabino se estaba divirtiendo de lo lindo...

# EDICIONES BISTAGNE

publica siempre las mejores  
películas

---

Números aparecidos de  
PRODUCCION ESPAÑOLA

POLIZON A BORDO, por Lina Yegros, Ismael Merlo, etc.

ESCUADRILLA, por Alfredo Mayo, Luchy Soto, etc.

ALMA DE DIOS, por Amparito Rivelles, Guadalupe M.  
Sanpedro, etc.

SU HERMANO Y EL, por Antonio Vico, Blanca de Silos,  
Manuel Luna, Enrique Guitart, etc.

En breve:

TOSCA      SARASATE

LA DONCELLA DE LA DUQUESA      PIMIENTILLA

PTAS. 2'50

